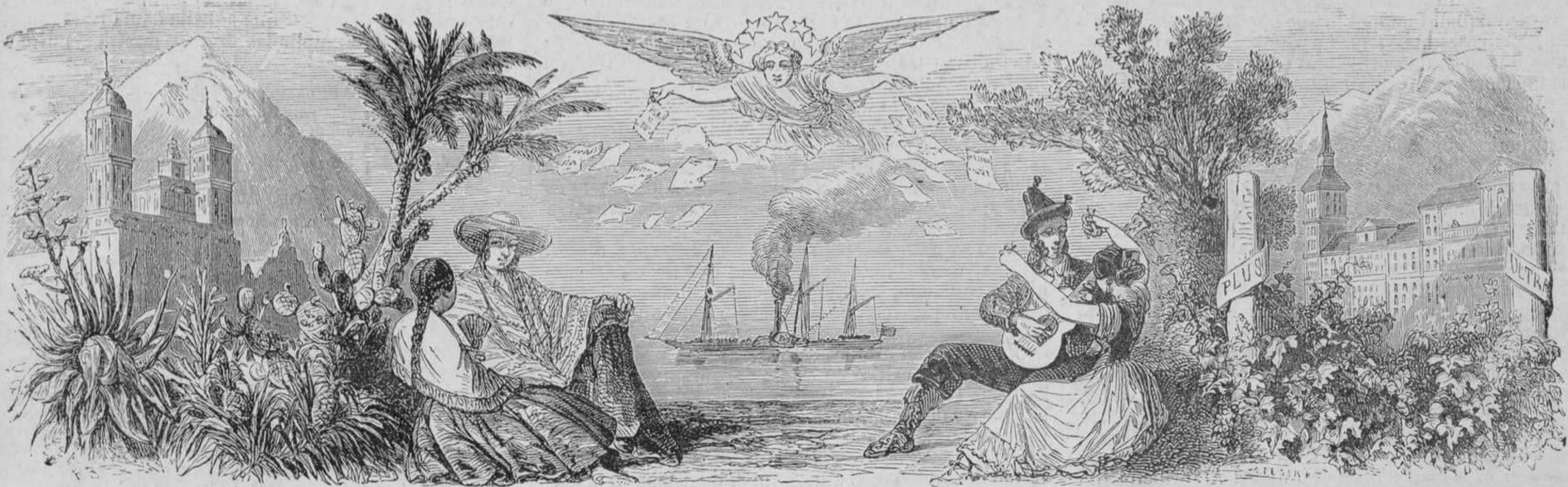


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — Nº 364.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

SUMARIO.

O'Donnell; grabado. — Revista española. — Varada de la fragata *la Gloire* en Tolon; grabado. — Entrada en Milan de los lombardos libertados del servicio del Austria; grabado. — Servicio y ejercicios militares en la China; grabados. — Revista de Paris. — El navegante. — Viajes; grabados. — Redencion. — Episodio de la guerra civil. — La misa del gallo en la iglesia de San Esteban del Monte en Paris; grabado. — El general Cousin Montauban; grabado. — Banderas y armas cogidas por los franceses á los marroquíes; grabado. — Fábulas. — Elegía. — La salamandra del Japon; grabado. — Teatro Lírico. El *Orfeo* de Gluck; grabado.

O'Donnell.

Es para nosotros una verdadera satisfaccion el poder dar á nuestros lectores el retrato y unos ligeros apuntes biográficos del esclarecido militar y el eminente hombre de Estado que ha inaugurado una era de grandeza y de prosperidad en España.

Don Leopoldo O'Donnell y Joris, conde de Lucena y vizconde de Aliaga, nació en Santa Cruz de Tenerife (islas Canarias) el 12 de enero de 1809; el ilustre comandante en jefe del ejército de Africa cuenta pues en el día apenas cincuenta años, y por consiguiente podemos prometernos que continuará haciendo en España servicios importantes durante largo tiempo. Ya en la juventud dió tales pruebas de talento militar, que llamó la atencion de sus jefes, y á quince años era edecan del general en jefe de la division de Castilla. Mas tarde, cuando el rey Fernando VII pasó á Cataluña para sofocar los primeros movimientos carlistas O'Donnell se distinguió como uno de los oficiales mas brillantes de la guardia real. Continuó sus servicios y ascendió, hasta que en 1834 en el combate de Lumbier á la cabeza de 180 granaderos derrotó al enemigo á la bayoneta y le tomó sus posiciones, aunque tuvo que pelear contra tres batallones. Despues de haber recibido gloriosas heridas en Erice y otras acciones, se distinguió de tal manera en la famosa batalla de Mendigorria, que alcanzó el grado de teniente coronel. O'Donnell se señaló cada año por algun triunfo en la desastrosa guerra civil, y en 1839 era ya general en jefe del estado mayor del ejército del Norte. Entonces fué cuando libertó al general que con 3,000 hombres estaba sitiado en Lucena, obligando á Cabrera á levantar el sitio.

Crecido es el número de las campañas del general O'Donnell. El 4 de abril de 1840 practicó el reconocimiento de Castillo de Aliaga; estableció el sitio el 11, y el 15 el fuerte estaba en su poder. En los días 28, 29 y 30 del mismo mes tuvieron lugar el ataque y la sumision del fuerte de Alcalá de la Selva. No contento con estos triunfos, obligó á capitular á los fuertes de Alpuente, Begis, Chulilla, á las ciudades fortificadas de Massanera, Uldecona, San Mateo y

Chelva con otras plazas menos importantes. Despues de la marcha de Espartero á Cataluña, O'Donnell recibió el mando de todas las tropas que estaban á la derecha del Ebro, y en 21 dias destruyó todas las facciones que habian quedado en el Maestrazgo y en el bajo Aragon. En 1843 obtuvo la capitania general de Cuba, el puesto militar mas importante de España.

La reina Isabel que recompensa siempre espléndidamente á los que han derramado su sangre por ella y por la patria, colmó al general O'Donnell de honores y dignidades. Por eso le vemos en el día condecorado con las dos grandes cruces civiles y militares de España; la única que le falta es la del Toison de Oro, y seguramente la hallará con el título de duque en el campo de batalla de Marruecos. El emperador Napoleon que sabe recompensar el mérito, confirió en 1856 el gran

cordón de la órden imperial de la Legion de Honor al general O'Donnell, que posee igualmente varias grandes cruces de órdenes extranjeras. Hecho ya conde de Lucena en conmemoracion de la batalla de que hemos hablado, fué elevado poco despues á la dignidad de senador del reino.

O'Donnell, además del genio militar, posee las grandes cualidades del hombre de Estado. La idea que ha tenido siempre y que ha logrado hacer prevalecer, era la union del partido moderado mas liberal con el partido progresista menos democrático. En la realizacion de esta idea ha desplegado un talento que todos reconocen, y en el día cuenta para gobernar el país con el concurso de hombres de una inteligencia y capacidad bien demostradas. No nos ocuparemos aquí de los sucesos de 1854 ni de los de 1856, que han concluido por poner á la España en la via del progreso y la tranquilidad que tanto necesitaba.

Si es deplorable para la España que el ataque de los marroquíes contra la plaza de Ceuta haya producido los desastres de la guerra, al menos debe felicitarse de que un hombre como O'Donnell haya sido llamado á guiar el pendon de Castilla por las playas africanas; así como ha sido fortuna para O'Donnell el haber sido designado para seguir las huellas del Cid, Pelayo y Gonzalo de Córdoba en el país de Recaredo, San Fernando é Isabel la Católica.

JUAN DEL PERAL.

Revista Española.

El principio, los principiantes y los príncipes. — Las musas con carabina. — Funciones patrióticas. — La vuelta de Columela. — La Bolsa y los bolsistas. — Otras comedias. — La Campana de la Almudaina. — Aniversario del nacimiento de Lope de Vega. — Misa por su alma. — El premio de bien hablar. — Triunfos en Africa. — Poesía graciosa.

¿Por dónde empezaré á revistar las gracias del mes que acaba? Por el principio, dirán algunos de mis lectores. Pues bien, voy á hacerlo así, ya que Vds. lo quieren. «Principio, hubiera dicho el autor de las Partidas segun su sistema de definiciones, — principio tanto quiere decir como comienzo de alguna cosa.» Por consiguiente, es principio todo lo que va delante; así en un regimiento el principio es el cabo de gastadores, y en una casa las tiendas y el nido el portero, habitaciones á las cuales en rigor corresponde legítimamente el título de cuartos principales.

Sin embargo, las comidas no se empiezan nunca por el principio, lo cual es efecto de la galanteria de este, que cede su vez á la sopa, que al cabo es una señora.

De todo esto se deduce claramente la etimología de la palabra príncipe: dá-



EL CAPITAN GENERAL O'DONNELL,
comandante en jefe de la expedicion española contra los marroquíes.

base este nombre al que iba á la cabeza del ejército en las batallas, y por la semejanza en lo importante de las operaciones se ha hecho extensivo despues á los que por su alcurnia están autorizados para formar en primer término en bailes y procesiones.

En política, como de nada hay falta, concóncense también los principios; pero nunca en singular, porque la política es eterna, y no tiene por consiguiente principio ni fin. Con esta abundancia además prueba que no es verdad aquello de que lo que abunda no daña, porque pocas cosas habrá mas perjudiciales que esos pretextos que se titulan principios políticos, y no son mas que tapaderas para ocultar miserias y picardigüelas humanas.

De principio se deriva *principiante*, no pudiendo este existir sin aquel, como el cartero sin haber cartas ó el aguador donde no se conoce el agua. El principiante es pues en todos los estados y profesiones el infeliz que se dedica á cualquier cosa sin contar con el suficiente número de amigos que lo eleven desde su aparición en el mundo á la categoría de eminencia ó especialidad.

Se ve por consiguiente que para distinguirse y sentar plaza de maestro en cualquiera de los ramos del saber humano, no hay necesidad de hacer el papel de principiante; basta con alabarse y hablar siempre en tono de autoridad. Por eso verán Vds. cuántos se meten á críticos, poniendo faltas á todo prójimo sin que nadie se las ponga á ellos, por estar inéditas sus obras, ó mejor dicho *inescritas*.

Y volviendo al principiante, ¿qué situación tan triste la del desventurado que tiene la desgracia de presentarse con este carácter en el mundo! Al principiante cualquiera se cree con derecho para hacerle observaciones y darle consejos. Todos saben mas que él; todos conocen en él la falta de práctica. De dos jóvenes que siguieron juntos la carrera de leyes, el uno se dedicó á estudiar y á conseguir buenas notas, el otro á correr cafés y á escribir artículos de fondo. Pues bien, el primero le vereis obtener una plaza de auxiliar de ministerio á duras penas, y eternizarse en ella, siendo siempre principiante; pero el segundo empezará su carrera por gobernador ó subsecretario, y como que comienza por el fin, claro está que nadie le ha de tener por principiante. La veleta de la torre es del mismo metal que la verja que hay á la puerta; pero como aquella está á mucha altura, nadie sube á tocarla, mientras esta sirve de juguete á los muchachos.

Pero en la literatura y las artes es donde mas se distinguen los principiantes. Poco importa que un pintor haya estado toda su vida extendiendo colores sobre el lienzo, si no ha tenido la fortuna de oír elogios el día que se presente donde el público y los críticos puedan echarle los ojos encima, aquel se le tratará como principiante; en la composición, en el colorido, en todo se le encontrarán defectos propios de la *inexperiencia*, y no faltará quien encuentre en él excelentes disposiciones para llegar á *ser algo* con el tiempo. Se hace una comedia ó un drama en cualquier teatro; como los periódicos anuncian que es primera producción, de seguro todos los espectadores, incluso los mas holonios, verán indecision en las situaciones, poca verdad en el plan y versificación demasiado lírica; defectos todos hijos del poco conocimiento del teatro, ó lo que es igual, de la inexperiencia del autor. Pero si no se presenta la obra como fruto del ingenio de novel poeta, todos aquellos lunares serán producto del excesivo y fecundo talento del aplaudido autor, y en lugar de afeár el conjunto, servirán puramente para embellecerle. Y á través de semejantes faltas, ¿cuánta maestría, cuánto conocimiento del corazón humano y de la escena!

Y á propósito, ya que hablamos de ello, ¿en qué consiste el conocimiento de la escena? En conocer el gusto del público, oigo responder á algunos. ¿Y quieren Vds. decirme quién sabe lo que le gusta al referido señor? ¿Los dramas de situaciones fuertes? Yo les citaré á Vds. algunos muy buenos que no han hecho fortuna. ¿Las comedias de costumbres? Cuántas llenas de chiste y de naturalidad viven escasamente y á duras penas media docena de noches, para despues sepultarse en el olvido. ¿Han gustado todas las comedias de Scribe? ¿Y se podrá decir por eso que no conoce el teatro y el público el autor del *Arte de conspirar* y el *Vaso de agua*.

Y volviendo al principiante, este lo mejor que puede hacer es resignarse con su suerte; así como el mozo de café y el mozo de la aduana son mozos toda su vida, el que nace principiante de principiante se queda para *in eternum*. Aguantarse y recibir consejos de los que saben menos que él, pero no han empezado, ó si lo han hecho ha sido por la cola. Tal es la mas saludable conducta que debe seguir el principiante.

Concluido ya pues el principio de mi revista, ó lo que es igual, la embocadura, tomo los anteojos y empiezo á recorrer teatros. La guerra con los moros alborota el entusiasmo patriótico de las musas, y haciéndolas soltar la clásica lira, corona sus sienes con el blanco *Ros*; pone en su mano la carabina *minie*, y al teatro con ellas, para que el poeta saque dinero al compás de los tiros y entre el humo de la pólvora y el resplandor de las luces de Bengala. A la mayor parte de estas improvisaciones se las da el nombre de *apropósitos*, inventando un sustantivo para uso de semejante literatura, por no usar otro que tal vez en el mayor número de casos sería mas propio, que es el de *despropósitos*. Entusiasmar los ánimos y ensalzar hazañas patrióticas es noble y digna empresa, pero por lo mismo debe hacerse con esmero y estudio. De las

obras dramáticas de circunstancias representadas en este mes probablemente ninguna pasará á la posteridad, ni mucho menos: escritas todas de prisa y para atraer gente, solo tienen la importancia del momento. Y no es solo un teatro el dedicado á estas inspiraciones morunas: en todos ellos han aparecido los habitantes del Riff y los cazadores de pantalon encarnado. En el Principe se hace una comedia llamada *Los Moros del Riff*, original de don Carlos Peñarubia, seudónimo que segun cuentan oculta el nombre de un literato aplaudido hace poco tiempo, y por fin de fiesta se representa en el mismo teatro una pieza lírico-dramática titulada *En Ceuta y en Marruecos*, amenizada con bailes, obra de don Juan de la Puerta Vizcaino, música de don José Rosel. En Novedades y con el título de *Espanoles; á Marruecos!* se representa otro drama, obra de dos autores nuevos en la escena; en la Zarzuela hácese una de don Feliciano Lopez con el nombre *Los Cazadores en Africa*; en Lope de Vega *La playa de Algeciras*, pieza en un acto de don Pedro de Sobrado, y por último en el Circo se ha presentado el drama *Santiago y á ellos*, original de don Luis de Eguilaz, que no es, propiamente hablando, de circunstancias como las anteriores obras, aunque hay en él cascos y lanzas y moros y cristianos.

Ocupados con esto los teatros, apenas proporcionan obras para la crítica en este mes; sin embargo, en la Zarzuela hallo una traducción de la conocida ópera *Il ritorno di Columela*, hecha por don Manuel del Palacio para cantar en aquella escena la referida producción musical del maestro Fioravanti, que ha gustado en castellano tanto como anteriormente gustaba en la lengua de Petrarca.

La compañía de Lope de Vega nos ofrece con el nombre de *la Bolsa y el bolsillo*, una traducción de *la Bourse* de Ponsard, hecha por don Francisco García de la Huerta, ó lo que es igual, por un escritor dramático conocido que se oculta detrás de ese nombre. No examinaré esta obra, que bastante ha sido juzgada por los críticos franceses; pero si diré á mis lectores por si quieren saber mi opinion, que me parece muy notable bajo el punto de vista literario por lo bien arreglado de su sencillísimo argumento, por su animado dialogo y por la finísima y delicada sátira que encierra; cualidades que la hacen oír con gusto y sin cansancio, á pesar de carecer de situaciones que interesen. Los caracteres están llenos de verdad, y el acto primero es un cuadro de costumbres domésticas, rico en preciosísimos detalles, chispeante de gracias, y por todos estilos inmejorable. Tal vez, y demos gracias á Dios por ello, tal vez en España no esté tan extendida la afición á las operaciones bursátiles como en Francia, pero no quiere eso decir que no conocemos ese afán de adquirir riquezas á paso acelerado. No: la idea de verse cercado de lujo halaga también no poco á la juventud española, y como las ciencias y las artes no son el camino mas oportuno para llegar á la riqueza, ¿quién no ha pensado alguna vez en el *tanto por ciento*, creyendo que porque no exige talento, tampoco produce sinsabores? Por eso tal vez no hace efecto en nuestra escena la figura de aquel criado que siguiendo la manía común juega y pierde; porque entre nosotros aun no se ha comunicado á las clases ínfimas de la sociedad la manía de la Bolsa. Pero de todos modos el público de Madrid ha sabido apreciar esta linda y verdaderamente literaria producción, aplaudiendo sus abundantes chistes.

Menos feliz otra comedia nombrada *La piel de leon*, solo se ha sostenido una noche, y esa en medio de glacial silencio en el teatro del Principe, apareciendo luego á reemplazarle dos piezas en un acto con los títulos de *Una escena conyugal* y *Santo y penana*, aquella traducida de la francesa *Monsieur va au cercle*, y esta original del señor Puente y Brañas, que ha sido aplaudida.

Otra pieza arreglada, *Mi brazo y mi paraguas*, no ha merecido gran aceptación en Lope de Vega.

Don Pedro I de Castilla se apellida un drama estrenado en Novedades, con el cual emprende la carrera de escritor dramático don Pedro Antonio Iglesias. La crítica ha encontrado en esta obra mal retratado el personaje que la da nombre, lo que es grave defecto despues del título con que el autor la ha distinguido.

La lápida mortuoria, drama de Alejandro Dumas, traducido por el actor don José María García, ha tenido buena acogida. Lo sencillo de su argumento y el interés que inspira al espectador, le proporcionan aplausos de esos tranquilos y sin estrépito que son la verdadera muestra de contentamiento.

Pero el verdadero triunfo ruidoso de noviembre pertenece al teatro del Circo y á un autor desconocido en la escena. *La Campana de la Almudaina*, drama de don Juan Palou y Coll llamó al Circo numerosa concurrencia durante veinte noches seguidas, excitando siempre entusiasmo. Hoy que tan difícil es conmover al público, hoy que tan gastado está el sentimiento de lo bello, ¿que tiene la obra del señor Palou y Coll para conseguir tal efecto? Una situación; con ella basta para interesar; así puede decirse que mas bien que drama es aquello una situación de drama; verdad es también que la situación es de primer género y digna del mismo Schiller. Hé aquí en resumen la fabula que ha escogido el señor Palou. Don Gilabert de Centellas, gobernador ó virey de Mallorca por Don Pedro IV de Aragón llamado el del *Puñalet*, tiene orden de este para apoderarse de la viuda de Don Jaime III de Mallorca y de su hijo y darle la muerte, para evitar que recobre esté la corona que brilló en otro tiempo sobre las sienes de su

padre. Con nombre fingido vive Doña Constanza en una posesion campestre cercana á Palma, donde asiste y cuida en grave dolencia á don Gilabert, sin que este la conozca; pero llegando por entonces disfrazado en traje de trovador el principe, es este descubierto y apresado conduciéndole al castillo de Bellver. Una sublevación, que estalla dirigida por la reina viuda, sorprende al gobernador en su palacio de la Almudaina; los sediciosos le invaden, y en tan crítico momento, Centellas que acaba de descubrir que aquella dama es la reina, por no dejar de cumplir las órdenes de su rey, dice á su capitán:

Si oyes la campana, al punto
A tus piés caiga difunto
Don Jaime.

Y dirigiéndose luego á Doña Constanza, añade:

CENTELLAS.
Sobre esa estancia real
La altiva torre se eleva
De la campana que lleva
La muerte en su son fatal.
Nada mi lealtad coarta;
Todo por ella se pierda;
Ved el caracol, la cuerda...

CONSTANZA.
¡Monstruo del infierno! ¡aparta!

CENTELLAS.
La cuerda he cogido ya.
Tened: si toco, al instante
La cabeza del infante
Por el suelo rodará. (ruido de armas)

CONSTANZA.
Tiénete el orgullo loco.
¿Oyes? tu guardia se entrega.
Mi gente triunfa... aquí llega...

CENTELLAS.
Que entre aquí esa chusma ¡y toco!
CONSTANZA, de rodillas.

¡Oh!
CENTELLAS.
Tu ruego á Dios envía
Con presteza sobrehumana,
Que es el son de esa campana
El toque de su agonía.

Hé aquí la situación terrible del drama; el primer movimiento que haga Centellas puede producir un sonido en la campana; si entran los sublevados, la pobre madre teme que en el mismo instante Centellas agarra siempre de la cuerda, dé la señal de muerte para el principe. El espectador sin poder remediarlo, padece en esta situación, y al ver entrar en la escena á los sublevados, no puede menos de temblar y cerrar los ojos por no ver al gobernador agitando la cuerda fatal. Pero los partidarios de Doña Constanza se retiran, y la situación se vuelve del revés por decirlo así, pero sosteniendo siempre viva la atención del público.

CONSTANZA.
¡Infame!
CENTELLAS, *soltando la cuerda*.

Si por azar
En ser traidor yo soñara,
La existencia me arrancara
Por no volverlo á soñar.

(Volviéndose y señalando al retrato de la derecha.)

¡Oh, ved! si ella respirara
Y el fruto de nuestro amor,
En holocausto á mi honor
Conmigo las inmolará.

CONSTANZA.
¡Qué imagen es la que veo!

CENTELLAS.
¿Sonreís, Doña Constanza?

CONSTANZA.
¡Ay si llega mi venganza
Al colmo de mi deseo!
Isabel es tu hija.

CENTELLAS.
¡Oh!

CONSTANZA.
Aquella noche funesta...

CENTELLAS.
Acaba.

CONSTANZA.
Esta mujer, esta
Al morir me la entregó.
¿Fué tu esposa?

CENTELLAS.
No lo niego,
Proseguid.

CONSTANZA.
¡Dios de bondad!
Voy poniendo tu lealtad
En una argolla de fuego.

CENTELLAS.
Hoy hace años.

CONSTANZA.
Sí.

CENTELLAS.
Habla, no dejes de hablar.

CONSTANZA.
Un punto antes de espirar
Aquella mujer allí

Por los tuyos perseguida
Llegaba á la quinta yo.
CENTELLAS.
¿Y mi hija?
CONSTANZA.
Se salvó.
CENTELLAS.
Pero... ¿aun existe?
CONSTANZA.
En mi huida
Lléveme conmigo á Francia,
Sin que pudiera mi anhelo
Rasgar el sombrío velo
De su origen y su infancia.
CENTELLAS.
¿Pero aun vive?
CONSTANZA.
Vive, sí.
¿La amas mucho?
CENTELLAS.
Mucho.
CONSTANZA.
Calma.
¿Qué dieras por ella?
CENTELLAS.
¡El alma!
CONSTANZA.
Así me places, así.
Vive, en mi poder está;
Pero en su vida ó su muerte
Tu infeliz hija, la suerte
De Don Jaime correrá.
¿Mi hijo!
CENTELLAS.
Nunca tal hecho
Manchará mi honor.
CONSTANZA.
Sosiega,
Y si tu hija te lo ruega
Y amaga un puñal su pecho...
CENTELLAS.
¡Oh! ¡ruin corazón!
CONSTANZA.
¿Lo ves?
Ya empiezas á ser clemente.
(Llevándole á la ventana.)
Es Tornamira y su gente.
¡Oh! ¡Isabel también!
CENTELLAS.
¡Ella es!
CONSTANZA.
¡Pueblo aquí! Mirala, mira...
CENTELLAS.
¡Hija mía!
CONSTANZA.
En mi poder
Se halla.
CENTELLAS.
¿Qué intentais hacer?
CONSTANZA.
Prende á Isabel, Tornamira,
Y si da una vibración
La campana de palacio,
Hunde sin piedad ni espacio
Tu acero en su corazón.
CENTELLAS.
Basta.
CONSTANZA.
Es tarde. Toca, toca.
CENTELLAS.
¡Compasión!
CONSTANZA.
¿No quieres, no?
Pues bien, tocaréla yo. (corriendo á la cuerda)
CENTELLAS.
Aparta, pecho de roca.
CONSTANZA.
La cuerda he cogido ya,
¡Quieto!... si á tocar acertó,
De tu hija el cuerpo muerto
Por el suelo rodará.
CENTELLAS, de rodillas.
¡Oh!
CONSTANZA.
Tu ruego á Dios envía
Con presteza sobrehumana,
Que es el son de esa campana
El toque de su agonía.

Así acaba el segundo acto; en el tercero, Gilabert se decide á tocar aunque muera su hija; y tira de la cuerda que cae al suelo cortada por un emisario del rey que se ha pasado á los revoltosos. En esto suena la campana, y Centellas lanzándose por la escalera, mata á puñaladas en la torre al que estaba en ella, pero el toque, señal antes de muerte, ahora indica que el príncipe se ha salvado, y todo el mundo se queda contento y pacífico.

Se ve pues que el asunto es interesante, y que existen dos caracteres bien dibujados: el de la reina y el del gobernador; aquella, terrible en el momento en que ve morir á su hijo, manda matar á la niña que con tanto amor educara, pero ¿cómo se arrepiente luego! con qué sentido acento dice:

¡Yo, que la supe mostrar
El camino del deber!
¡Yo, que la enseñé á querer!
¡Yo, que la enseñé á rezar!

Centellas se presenta fuerte, enérgico, siempre leal á su rey; no es un tirano de melodrama, sino un personaje que interesa y con quien el espectador no puede menos de simpatizar.

Hay en el drama pensamientos delicados, como la exclamación de Centellas que al contemplar á Isabel dice: «Cada vez que veo una mujer hermosa me parece que es mi hija.» Y la de Constanza al mirar al gobernador asido al cordel de la campana:

¡Dice que es padre, Dios mío!
¡Y aun no ha soltado esa cuerda!

Pero desgraciadamente en muchos casos el efecto de estas sentidas frases queda perdido, por venir otras detrás que no son mas que repeticion de aquellas.

En cuanto al estilo, el señor Palou necesita enmendarse mucho y estudiar modelos mas abundantes en corrección que las obras de Zorrilla, á quien imita en muchos de sus defectos.

El aniversario del nacimiento de Lope de Vega se ha celebrado en el teatro que lleva su nombre con una función extraordinaria. La bellísima comedia del fénix de los ingenios titulada *el Premio del bien hablar*, de loa de don Ventura de la Véga llamada *el Corral de la Cruz en 1630*; otra con nombre de *el Horóscopo de Lope ó don Juan de la Espina*, escrita por el mismo autor, y adornada de música, y bailes formaron el espectáculo que agradó mucho.

En la mañana del mismo día celebróse en una de las parroquias una misa por el alma del grande ingenio con asistencia de literatos y actores.

En cuanto á la citada comedia, ¿qué decir de ella que no sea elogio? Allí están como compendiadas las ideas que pareció desenvolver constantemente el gran ingenio en todo su teatro. Las damas honestas, los caballeros galantes y valerosos, y una sociedad en fin interesante y agradable campean siempre en su teatro. Lope de Vega hace amar la vida y los hombres: precisamente debía ser muy noble el corazón de quien daba existencia á seres tan generosos, de quien como él no acertaba á retratar malvados, pues todos los que introduce en sus comedias tienen algo de inocentes.

El Premio del bien hablar lleva por asunto lo que en pocos versos dice el galán en el primer acto:

Que es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien
Por el primer hospedaje
Que de nueve meses deben,
Y es razón que se les pague
Que puesto que son las lenguas
Espadas, para templarse
Quiso Dios que las pusiesen
En los pechos de sus madres.

El sostener tan nobles ideas vale á aquel caballero un desafío, pero le proporciona en cambio el amor de una hermosa dama. Tan sencillo asunto ¿cómo es que conmueve hoy en el teatro agradablemente? ¿cómo interesa hoy que necesitamos mamarrachos para reír, ó fuertes emociones para que el autor dramático toque las puertas de nuestro corazón? Es que lo bello, es que la virtud tienen el privilegio de no envejecer nunca, de entrar siempre hasta lo mas recóndito del alma, sin encontrar resistencia. ¿Quién no aplaude al oír aquella hermosa descripción?

Vea el sábaló salir
Del agua á la blanca arena
De lama y de couchas llena,
Y entre las redes bullir.

Vea cómo se alborota
Preso del cáñamo y plomo
En otro elemento, y cómo
La fúndosa red azota.

Vaya en el coche también
Por el campo de Tablada,
Que una mujer festejada
Sabe que la quieren bien.

Vaya á esas huertas vecinas,
Vea frutas, corte flores,
Que no todos los amores
Se cubren de las cortinas.

Siempre fué mi parecer,
Que el que es discreto, don Juan,
Nunca ha de ser mas galán
Que de su propia mujer.

¡Oh inmortal Lope de Vega, tuyo será siempre el cetro de la española escena! Si entre los antiguos y los modernos autores dramáticos hay muchos que logran interesar por lo complicado de sus fábulas y por lo atrevido de las situaciones, ninguno existe que al salir del teatro nos haga llevar como tú llena el alma de dulcísimos y placenteros recuerdos! Y para acabar la reseña de la función hecha en memoria de Lope, copiaré los versos con que acaba la loa de don Ventura de la Vega y que recitó entre aplausos el señor Romea:

Tres siglos, menos tres años,
Hoy hace que al mundo vino
El ingenio peregrino,
Pasma de propios y extraños.
Envuelta en humildes paños
Oscuro y pobre yacia

La castellana Talía;
Y él le tejió un manto de oro
Con el fecundo tesoro
De su rica fantasía.
¡Con él nuestra fama empieza!
El con su ingenio sublime
Al arte español imprime
El sello de su grandeza.
Absorta naturaleza
Y rendida al propio instante,
Otro aborto semejante
Tarde á la tierra dará;
Porque descansando está
De aquel esfuerzo gigante.
En la celeste mansion
Donde tu espíritu vive,
Lope, esta ofrenda recibe
De entusiasta admiración.
Y pues de su postracion
Hora es ya que se levante
El león de España arrogante,
¡Quiera el Dios de las victorias
Darnos para nuevas glorias
Nuevo Lope que las cante!

El día 19 para solemnizar el de la reina, se inauguró oficialmente el camino de hierro de Mogente á Almansa, único trozo que faltaba para poner en comunicación á Madrid y Valencia por medio de una vía férrea. Asistió el ministro de Fomento, y ocioso es decir que hubo brindis y buffet, y flores y banderolas.

La guerra de Africa ha dado ya principio. El día 7 salió de Madrid para ponerse al frente del ejército el general en jefe don Leopoldo O'Donnell, presidente del consejo de ministros. El día de S. M. revistió las tropas en Cádiz, habiendo en los anteriores hecho una excursión á Ceuta, y saliendo de este punto el mismo 19 al anochecer el primer cuerpo del ejército á las órdenes del general Echagüe, se apoderó sin gran resistencia por parte de los moros del edificio llamado el Serrallo y de la inmediata sierra de Bullones. Tres embestidas terribles de los marroquíes resistieron con notable valor nuestras tropas en los días siguientes, y al escribir estas líneas tengo delante el último parte en que se da cuenta de un nuevo ataque, en que los moros han sido rechazados como siempre, despues de una obstinada lucha, dejando el suelo cubierto de cadáveres. Todo hace presumir que nuestros soldados van á dar abundantes glorias á la patria, y que en el suelo de Africa brotan ya los laureles que han de entrelazarse en las sienas de España con las de las Navas y Granada.

El entusiasmo sigue creciente en la corte y las provincias. De todas partes llegan diariamente generosos ofrecimientos; y las corporaciones y los particulares rivalizan con noble empeño en enviar al gobierno dinero y efectos para la guerra. De las funciones compuestas de apósitos, que examiné antes, y de otras, todas las primeras representaciones han sido á beneficio de los heridos, y fuera de Madrid todos los teatros han seguido el mismo ejemplo.

En la representación del *Pelayo* de Quintana hecha en Novedades con el mismo objeto, se leyeron varias poesías, entre las cuales han gustado al público unas quintillas de don Narciso Serra dirigidas al actor don José Revilla, que parte como soldado voluntario á la guerra. Entre otros saludables consejos, le da los siguientes:

Quando algun moro altanero
Procure hacerte un cariño
Alzando el alfange fiero,
Pepe, no te hagas el niño
Y pégale tú primero.

Como en varias ocasiones
Conquistarás con tus brios
Despojos de esos bribones,
Remíteme unos calzones
Por si están malos los míos.

Si alguna mora bonita
Con sus ojos te enamora,
Coge tú otra mora, y grita
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

A las moras cuya traza
No valga un grano de anís,
Dí que aborreces la raza;
Que en tu cristiano país
Se vende á cuarto la taza.

Las hembras, engañadoras
Han sido siempre y tiranas,
Y envenenan nuestras horas;
¡Y si esto hacen las cristianas,
Juzga lo que harán las moras!

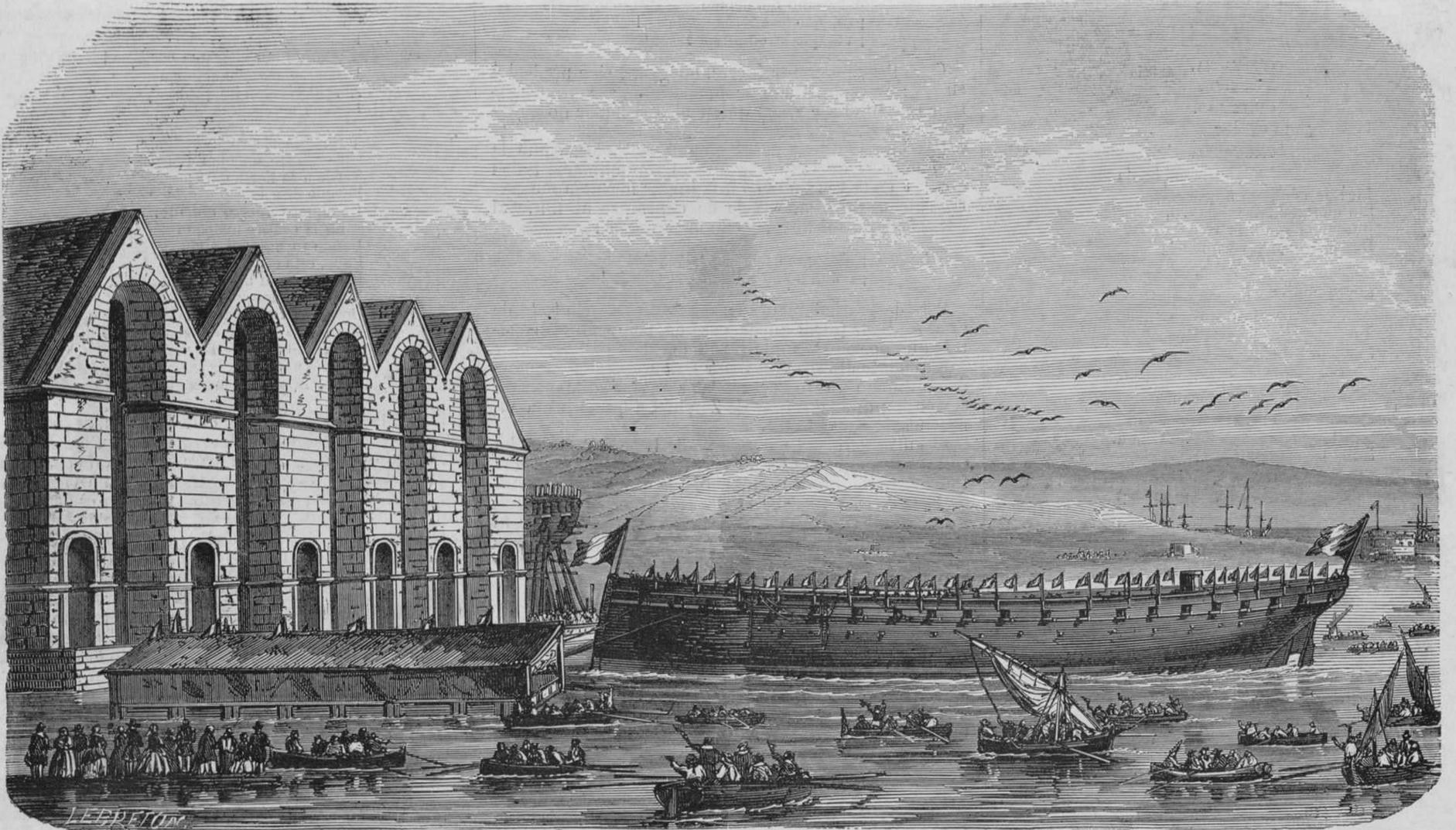
Viendo á un moro, duro en él;
Llega pronto á capitán,
Y trae á tu amigo fiel
De Tánger un alquicel
Y un mono de Tetuan.

Y no receles que allí
La lanza de un marroquí
El pecho te parta en dos;
¡Que quedan rogando á Dios,
Tus pobres hijos por tí!

Y aprovechando la ocasión de concluir con tan lindos versos, acabo aquí con la esperanza de poder dar cuenta á mis lectores en el mes venidero de nuevos triunfos alcanzados por las armas españolas.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA,

Madrid 30 de noviembre de 1859-



VARADA DE LA FRAGATA LA GLOIRE, CONSTRUIDA EN EL ARSENAL MARITIMO DEL MOURILLON, EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1859.

Varada de la fragata «la Gloire» en Lion.

El 24 de noviembre á las once de la mañana con un tiempo templado y lluvioso, se botó al agua la fragata blindada *la Gloire*, construida en el arsenal marítimo del Mourillon.

Esta imponente ceremonia, á la que asistían el vicealmirante Jacquinot, prefecto marítimo, así como un numeroso estado mayor de todas armas, había reunido

un número considerable de espectadores. Junto á los astilleros había una muchedumbre compacta. Las azoteas de las casas del puerto y los puentes de los buques fondeados en el puerto estaban cuajados de curiosos; las embarcaciones de toda clase llenas de gente que se movían á ciertas distancias, acababan de animar este hermoso cuadro.

Después de la bendición y concluidos los últimos trabajos de impulsión, el buque se lanzó majestuosamente

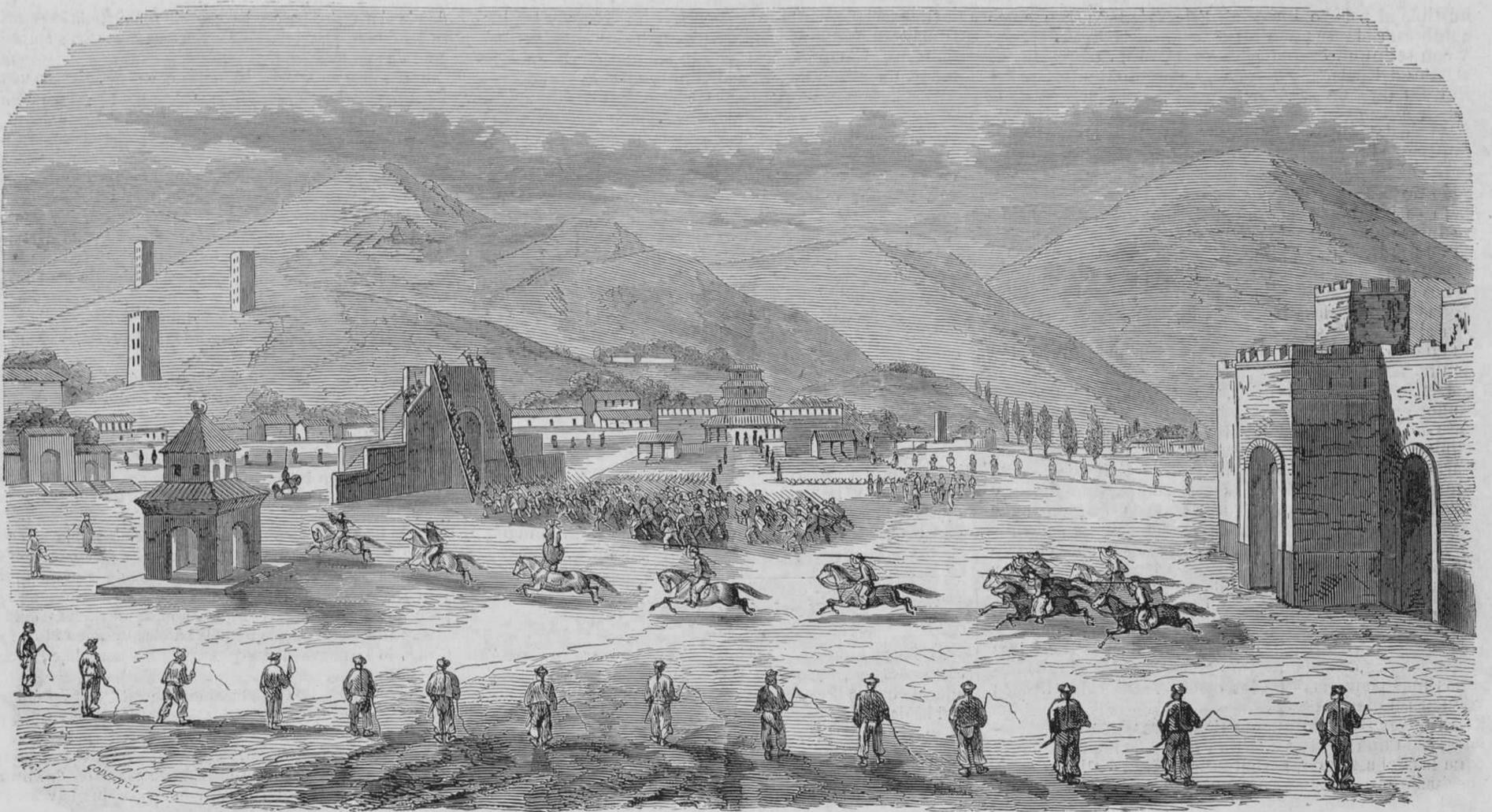
á los gritos repetidos de *viva el emperador!* y recorrió un largo espacio sobre las olas. — La operación se ejecutó sin la menor dificultad y con el mejor éxito.

Entrada en Milan de los lombardos libertados del servicio del Austria.

El 23 de noviembre toda la población de Milan se puso en movimiento con la llegada de un batallón de



RECEPCION EN MIAAN DE UN BATALLON DE SOLDADOS LOMBARDOS LIBERTADOS DEL SERVICIO DEL AUSTRIA.



EL SERVICIO MILITAR EN LA CHINA. — EJERCICIOS EN EL CAMPO DE YAN-CHE-WA.

soldados de lombardos libertados del servicio del Austria, en consecuencia de las estipulaciones de la paz de Villafranca. Este regreso era sumamente interesante, pues los soldados pertenecían á la población de Milan ó á sus inmediaciones. La acogida que se les hizo fué de las mas cordiales; recibieron las felicitaciones

mas simpáticas por parte de los habitantes que habían corrido á su encuentro. Nada mas tierno que las escenas de reconocimiento que se veían á cada paso. De Milan escriben que ese día fué un nuevo triunfo para la Italia, porque en él se declaró unánime la union de los milaneses y su odio profundo al extranjero. A. C.

Servicio y ejercicios militares en la China.

Para ser soldado es preciso pasar exámenes. En Pekin estos exámenes se hacen generalmente detrás del *Kinchane* ó *Wan, Sui-chane*, montaña artificial de carbon de piedra, destinada, en caso de sitio, á servir de com-



SERVICIO EL MILITAR EN LA CHINA. — EXAMEN DE LOS RECLUTAS

bustible al palacio imperial. Esta montaña, con cinco cumbres, cada una con un pabellon de laca encarnada y con techumbres que parecen de oro, es uno de los ornatos del palacio y una de las siete maravillas de Pekin. En uno de estos pabellones el emperador suele asistir á los exámenes.

Al pié del muro exterior del jardín imperial se levantan tiendas para los generales y los oficiales inspectores.

Los exámenes consisten en sostener con el brazo estirado un peso que varia de 80 á 100 libras, porque este peso es igual á la fuerza del tiro del arco. Además los reclutas deben hacer el molinete con una lanza que pesa 30 libras, y por último, deben dar en el blanco con tres flechas consecutivas á cincuenta pasos de distancia.

Los oficiales advierten á los soldados que sigan las reglas del tiro; les recuerdan las penas en que incurran si no dan en el blanco, les recomiendan que den á su cuerpo una actitud marcial y á la flecha la velocidad de una bala.

Las flechas son de bambú, tienen una punta de hierro de diez centímetros y están emplumadas con plumas de águila de la Mongolia; los arcos son de madera cubiertos de cuerno; el carcax, hecho de cuero, tiene varios compartimientos para poner las flechas, cuyo tamaño es variable. En el primer compartimiento hay tres flechas de las mas grandes que se usan; en lugar de hierro tienen una vara de madera hueca con muchos agujeros. Los chinos emplean estas flechas cuando hacen el ejercicio, y tambien en la guerra para dar avisos á los enemigos que quieren atraerse. En este caso ponen un billete dentro del palo y lanzan la flecha hácia los hombres á quienes se dirige el billete.

El segundo compartimiento de las flechas tiene tres separaciones, y cada una de ellas contiene cuatro flechas mas pequeñas que las otras. Todas estas flechas tienen un hierro agudo.

El tercer compartimiento tiene otras tres separaciones, cada una de ellas con una flecha de menor tamaño que las del segundo, pero de una forma distinta; estas flechas están armadas con un tridente de hierro, lo que las hace muy temibles.

Se distinguen cuatro clases de arcos; los menores son de una fuerza de 70, los otros de 80, de 90 y de 100 libras. Los arcos que pasan de 100 libras son de parada, ó para ciertos hombres de fuerzas hercúleas.

Para el tiro del arco trabajan solo el pulgar y el índice; el pulgar está armado con un anillo de cuerno de ciervo, el pulgar y el índice de la mano izquierda dirigen el arco, y llaman la mano izquierda, *la mano del arco*.

Siempre asiste mucha gente al examen, y muchos vendedores de té y de vino caliente; los soldados de la policía separan á los curiosos á latigazos.

El campo de *Yan-che-wa*, cerca de Pekin, ofrece mas variedad en los ejercicios.

En el dibujo que representa este campo se ve la morada del emperador en el fondo de la llanura; muchos soldados de policía rodean á la tropa.

Los ejercicios consisten en maniobras por masas, de equitacion, gimnasia y ejercicio de flechas y de lanza. Otras veces hay ejercicio de artillería.

Las evoluciones se hacen al sonido de la trompa marina *haylo* y del *gong* ó *tan-tan*. Las torres que se distinguen en medio y al rededor del campo de maniobras, son para las señales que se hacen con los estandartes.

En ciertos ejercicios el intervalo entre los sonidos del *tan-tan* ó de la trompeta, señala un movimiento de respiracion.

Así la division de los soldados armados con un sable y un escudo se forma en grupos de cinco en cuanto se oye un golpe en el *gong*; al segundo golpe se ponen bajo el escudo el uno del otro, y esta maniobra se llama los *cinco tigres dispuestos á salir del monte para arrojarse sobre su presa*.

El número cinco es número consagrado en el ejército chino, cuya constitucion no es propia para las batallas formales. Se considera, segun este ejercicio, que cinco infantes pueden prestarse un socorro mutuo y protegerse contra un enemigo mas numeroso haciendo las evoluciones marcadas por la teoría, que no tiene por base el orden, felizmente para los chinos.

Al oír otro golpe de *hay-lo*, los *cinco tigres* se cambian en *cinco flores de mai-hoa cubriendo la tierra*; es decir, que los soldados se tienden en el suelo para sorprender al enemigo. A una nueva señal, los cinco tigres y las cinco flores se reúnen para componer la figura de los *diez ocultándose la cara con los escudos que los abrigan*; y en fin, á la última señal, toda la division forma un cuadro amenazante, alzando las hojas de los sables y cubriéndose con los escudos. Estas tropas ejecutan el molinete á la derecha y adelante como en la teoría de *Muller*. Esta teoría, que siguen todas las caballerías de la Europa desde 1824, existía pues con anterioridad en el ejército chino.

Otras muchas curiosidades militares se encuentran en el Celeste Imperio. El mariscal de Sajonia habria podido ver la consagracion de la idea de su caballería ligera establecida en Chambord. El comandante de la escuela de Saumur ha hallado últimamente la silla articulada mas perfecta; el mariscal de Puysegur y el marqués de Cambrai habrian podido leer en la obra de *U-tse* axiomas dignos de una gran nacion y muy en el orden de ideas que les guió á escribir sus obras.

En el ejército chino no se reciben grados, sino en tanto que se estudian los institutos militares de *Sun-tse*, las obras de *U-tse* y los principios de *Se-ma*; mediante el conocimiento de estos autores generales, recibe cada cual, segun su talento, el diploma de bachiller, licenciado y doctor en armas.

Desgraciadamente lo mismo ha sucedido con las instituciones militares que con las civiles; no han progresado, y los mandarines las han corrompido para sujetar mejor á una nacion de 400 millones de almas.

El campo de *Yan-che-wa* demuestra cuánta habilidad é inteligencia hay en cada soldado en particular. Los jinetes montan y se apean cuando el caballo va al galope; los hay que cabalgan sobre la cabeza, llevando las riendas de dos caballos entre los dientes. Estos lanzan sus dardos con una precision increíble; aquellos con sus lanzas enganchan las sortijas con una destreza inaudita; y sin embargo, reunidos en cuerpo, no pueden luchar contra la fuerza imponente de los batallones europeos.

El cuerpo de tropas de infantería, que se ve en masa en el fondo del campo de maniobras, se ejercita en escalar las murallas que tienen cuarenta piés de elevacion; preciso es convenir en que este ejercicio es mas bien la maniobra de un cuerpo de bomberos que la evolucion de tropas destinadas al ataque ó á la defensa de una plaza.

Pero quizá no está lejos el dia en que la nacion china, que tiene una poblacion igual á la de toda Europa, olvidando su antigua táctica, adoptará, bajo el influjo moscovita y bajo la presion reiterada del Occidente, ejercicios, maniobras y combinaciones mas en relacion con los medios de destruccion que se usan actualmente.

M. DE L.

Revista de Paris.

Al fin se representó en los Italianos la ópera titulada *Un curioso accidente*, anunciada como una obra nueva de Rossini, anuncio que ha hecho salir al maestro de su indiferencia. Rossini habia dejado correr la noticia, pero cuando estuvo próximo el dia de la funcion, escribió al señor Calzado la siguiente carta:

« Me han dicho que el cartel de vuestro teatro anuncia una ópera nueva mia con este título: *Un curioso accidente*.

» Ignoro si tenia yo el derecho de impedir que se representara su composicion en dos actos (mas ó menos), de piezas antiguas escritas por mí; nunca me he ocupado de estas cuestiones en lo concerniente á mis obras, de las cuales, y sea dicho de paso, ninguna se titula: *Un curioso accidente*. En todo caso no me he opuesto ni me opongo á la representacion de este *Curioso accidente*. Ahora sí, lo que no puedo dejar creer al público que asiste á vuestro teatro y á vuestros abonados, es que la ópera es nueva, que la he compuesto yo, ni que he intervenido en lo mas mínimo en su arreglo.

» Os suplico pues que borreis de vuestro cartel la palabra nueva y mi nombre como autor, y que reemplacéis lo que se encuentra por lo siguiente: *Opera arreglada sobre piezas de M. Rossini por M. Berettoni*.

» Pido que mañana mismo se lea este cambio en el cartel, pues de otro modo lo reclamaria por justicia.

» Recibid, etc. — GIOACCHINO ROSSINI. »

El señor Calzado accedió á la reclamacion, y se ejecutó la ópera.

No hemos asistido á la primera y única representacion del *Curioso accidente*, y por eso no podemos consignar aquí nuestras impresiones; pero sabemos que el éxito fué muy triste, y no podia ser de otro modo. M. Berettoni, con anuencia de Rossini, segun nuestras noticias, habia recogido una porcion de piezas que el maestro tenia olvidadas, y que fueron escritas en diferentes épocas para óperas en que no pudieron figurar unas veces porque los artistas pusieron dificultades, y otras porque el maestro tuvo por conveniente reemplazarlas; sobre estos elementos informes, M. Berettoni zurió un argumento absurdo, y salió *Un curioso accidente*. El público reconoció al autor de la *Italiana*, del *Barbero*, del *Otelo*, etc., en varias de las piezas; pero ese baturrillo musical no producía en suma mas que un efecto discordante fácil de concebir en una obra que carece de la unidad indispensable en toda produccion lírica. Se aplaudieron pues varias piezas, pero nadie salió contento del conjunto.

Esta ha sido la única novedad que se ha dado hasta hoy en los Italianos; ahora se anuncia una ópera nueva, *Margarita*, del maestro Braga, de que hablaremos á su tiempo á nuestros lectores.

Entre tanto vamos á decir cuatro palabras sobre el *Orfeo* del antiguo compositor Gluck, que llama hoy grandemente la atencion de los parisienses en el teatro Lírico. *Orfeo* es una inspiracion de primer orden digna del maestro.

El primer acto es todo él una tiernísima elegía. El teatro representa una selva sagrada en cuyo centro se eleva la tumba de Euridice. Orfeo sale á llorar á la que ha perdido. La romanza *Objet de mon amour* es una obra maestra de sentimiento, una maravilla de expresion y de ternura. En su derredor el coro antiguo, el coro fúnebre recuerda la belleza y las virtudes de la que ya no existe.

Sin embargo, el Amor anuncia á Orfeo que los dioses le permiten que baje á los infiernos. Euridice le será devuelta, pero con la condicion de que no se volverá á mirarla, sino cuando haya atravesado el umbral de la negra estancia.

Orfeo se felicita; va á recobrar á la que llora: ¿qué le importan las condiciones? Todas las cumplirá, y sin pensar siquiera en el horror que inspira el infierno, se precipita con gritos de júbilo á la conquista de su Euridice.

El acto de los infiernos es bastante conocido en Paris, porque todos los años se oye en el Conservatorio. El Teatro Lírico ha sabido mantenerse á la altura del Conservatorio. La escena está puesta con una inteligencia rara; nada podria decir el efecto que produce el implacable ¡No! de las Furias imploradas por la voz suave y melancólica del desgraciado esposo.

Este acto se aplaude sobremanera; pero muchos hay, y entre ellos nos contamos, que prefieren á él los Campos Eliseos,

donde el maestro parece ha querido reunir toda la ternura de su sentida inspiracion. Este cuadro es como una aurora despues de una tormenta.

« Son, dice un crítico, melodías que se dibujan en una lontananza celeste, murmullos de instrumentos que se asemejan al ruido de las ramas mecidas por la brisa. Una sombra juvenil se destaca de los grupos cándidos que andan errantes y con formas indecisas como nubecillas claras por ese azul eterno. La sombra canta las delicias de la paz en un aire de una suavidad letárgica. Díriase el canto de un cisne adormecido sobre el agua inmóvil de un lago. ¿Cuánta tristeza en esa música! ; Y con cuánto genio pinta la melancolía del antiguo Eliseo! »

No obstante, Orfeo ha obedecido la orden de los dioses; ha reconocido á su compañera, y se la lleva al mundo de los vivos; ¡va á ser dichoso!... Pero no puede resistir al deseo de verla; se vuelve, la mira, y Euridice desaparece á sus ojos para siempre.

El cuarto acto se resume entero en el aria incomparable: *J'ai perdu mon Eurydice!* que madama Viardot canta de un modo inimitable.

Toda la Europa sabe que la Viardot, hermana de la célebre Malibran, es una artista de primer orden, y solo ella podia cantar con tanta expresion y ternura esa frase que se repite tres veces con entonaciones diferentes, de ruegos y de lágrimas.

En la noche de la primera representacion toda la concurrencia, enternecida profundamente, aplaudió con delirio, y una corona de laurel fué á caer á los piés de la grande artista.

El Teatro Lírico puede contar pues con una ópera nueva para la actual generacion que le dará magníficas entradas.

Otro triunfo no menos notable ha alcanzado en el teatro del Gimnasio la nueva pieza de Alejandro Dumas hijo, titulada: *Un padre pródigo*.

Habíanse empeñado algunos en que este padre pródigo era el mismo padre del joven autor, á lo cual este ha respondido:

— Si fuera así, mi pieza se titularia *El padre pródigo*.

Este dicho es digno de la comedia. Toda ella abunda en gracias por el estilo, y su argumento es un cuadro bastante escandaloso de cierta sociedad equivocada que hay en Paris, que M. Dumas sabe retratar en el teatro con colores á la verdad demasiado vivos.

Tanto es así, que ha habido quien se ha visto pintada en la heroina, y esta dama, conocida por su ligereza de costumbres, ha escrito al autor un billete en el que se leen estas palabras:

« Amigo mio: la comedia de Vd. es preciosa; pero esa mujer galante que ha puesto Vd. en escena carece de *esprit*; ¿porqué ha sido eso? »

Alejandro Dumas responde:

« Si la hubiera dado *esprit*, todo el mundo la habria reconocido á Vd. fácilmente. »

No negaremos nosotros á M. Alejandro Dumas hijo un talento escénico consumado, ni la verdad en los argumentos, ni la propiedad del estilo, ni la brillantez del diálogo, esmaltado todo él de dichos agudos; pero todas estas cualidades empleadas como él las emplea en pintar una sociedad que por extendida que esté, por grande que sea, no es la sociedad parisiense contemporánea ni puede aspirar á serlo, sino una sociedad ilícita que vive contra la moral y contra la regla; todas esas cualidades, decimos, nos parecen doblemente perjudiciales, porque á su beneficio se hace agradable la pintura, y se prescinde del escándalo en la admiracion del talento.

Esto ha sucedido á muchos no solo con un *Padre pródigo*, sino con las obras mas famosas del joven autor; entre tanto, dice él, se aplauden estrepitosamente. En buena moral, preguntamos nosotros, ¿tiene un gran valor esta respuesta?

Ya que hemos señalado en estas revistas las vicisitudes por que está pasando M. de Lamartine, añadiremos hoy á lo que hemos dicho las siguientes noticias que han publicado los periódicos de Paris. M. de Lamartine ha llegado á Paris. No se habia presentado comprador alguno para sus bienes, y como la suscripcion nacional solo ha producido 160,000 francos líquidos, para satisfacer deudas que pasan de 2,000,000 y medio, M. de Lamartine se ha visto en la necesidad de pedir plazo. Despues de convocar en su casa á sus acreedores, que pasaban de cuatrocientos, les propuso cederles sus bienes, cuyo valor excede en mucho de su pasivo.

M. de Lamartine ha probado que á pesar de la insuficiencia de la suscripcion nacional, ha reembolsado á todos los acreedores presentes por valor de 1,200,000 francos en diez y ocho meses, solo con el producto de su trabajo. Además, el insigne poeta se ha comprometido á pagar en enero y febrero próximos 300,000 francos con el producto de sus publicaciones literarias. Si el público continúa secundando sus desvelos, su deuda de 2,400,000 francos, se encontrará así reducida á 1,300,000 francos. Bajo este concepto ha solicitado de cada uno de los acreedores la facultad de dividir el pago en tres ó cuatro plazos, esperando, dijo, á fuerza de trabajo y economía pagar á todos sin la menor reduccion de capital ni intereses. Todos los acreedores aceptaron conmovidos las proposiciones del noble deudor, que en aquella unanimidad ha encontrado el consuelo de grandes amarguras.

Se acerca el dia de Año nuevo, y Paris va tomando su aire acostumbrado. Los parisienses se preparan para ese gran dia. Hé aquí una escena que pasa en casa de un pintor que conocemos, de mucho talento y muy pobre, lo que se ve muy á menudo.

Una mujer casada con un tendero de comestibles entra en el estudio y dice al artista:

— Deseo sorprender á mi marido el dia de Año nuevo con un regalo. El dia de mi santo me dió él un reloj de oro con su cadena, y yo quiero regalarle mi retrato para Año nuevo.

— Está muy bien, responde el artista.

— ¿Cree Vd. que le sacará bien parecido?

— Así lo espero.

— No se olvide Vd. de este lunar que tengo en la megilla.

— No lo olvidaré.

— ¿Cuántos dias tendré que venir á su casa?

— Con cuatro habrá bastantes.
— ¡Cuatro! Me será difícil venir; que hago falta en mi tienda, y no creo poder salir cuatro veces en una semana sin que mi marido me regañe. ¡Dios mío! Podría pensar...

— Reflexiónale Vd. bien antes que empecemos.

— Vaya, vendré las cuatro veces. Diré el primer día que voy á pagar el colegio de nuestro hijo; al otro diré que tengo que volver al colegio porque me he equivocado en la cuenta; al tercero hablaré de una misa, y el último me gobernaré que voy á visitar á un tío muy rico que tenemos y que vive muy lejos de casa. ¡Pobre amigo mío! Tengo que engañarle para sorprenderle. ¿Está mal hecho, señor pintor?

— No, señora, la intencion lo justifica todo.

Se comenzó la obra, y el cuarto día el retrato estaba concluido.

— ¿Está acabado ya? exclamó la tendera; quisiera que le viera alguien para que me dijera si estoy parecida.

— Enséñesele Vd. á quien guste.

— Tengo un perrito que, sin comparacion, posee la inteligencia de una persona; me dan ganas de traerle para colocarle delante del cuadro; si me reconoce, ya lo sabrá decir con sus saltos y sus ladridos.

— Tráigale Vd., y aunque los perros no son comunmente los jueces de los pintores, yo no quiero negar su competencia. ¿Cómo se llama el perro?

— Leon.

— Que venga Leon cuando Vd. guste.

Al otro día la tendera llevó al perrillo. Este vió el retrato, le contempló con muestras de alegría, y al fin de esta prueba tan concluyente, la tendera dijo al pintor:

— Aquí tiene Vd. sus ciento cincuenta francos; estoy muy contenta; Leon me ha reconocido, y mi marido me reconocerá igualmente.

Algunas escenas de este jaez ocurren en Paris con motivo del famoso día de Año nuevo.

MARIANO URRABIETA.

El navegante.

ROMANCES.

I.

Radiando el sol en el cielo,
Largué las velas cogidas,
Y los cristales de Caspe
Cortaba mi corva quilla;
Mientras las ligeras auras
Que revolaban de Armina,
Las faldas de Ojen besando
En Bullones se mecían;
En Bullones que vió un tiempo
Rápida nave fenicia
Saludar su altiva frente,
Que en las nubes se perdía;
Gigante que entrambos mares
Como guardador domina,
Y el término de la Europa
Atento observa y admira:
Los bajos y los escollos
Burlé de sus cercanías,
Y entre escamaños delfines
A Gades me dirigía;
A Gades, patria de aquella
Deidad pura y peregrina
Por quien el alma se alienta,
Por quien el pecho respira;
Y como al bosque y al prado
La estacion de amor matizan,
Y en blandos trinos las aves
Entre las hojas se anidan,
Así Cupido alentaba
La dulce esperanza mia,
Conduciéndome en sus alas
Al albo seno de Libia:
¡Ya me llevas, ya me llevas,
Oh mi adorada barquilla,
Surca presta el agua triste,
Tórname al mar de delicias!
Esas tus velas de lino
De mil flores guarnecidas
Al mundo entero se muestren
Como emblemas de mi dicha:
No haya cuerda, no haya antena
Que de guirnaldas guarnidas
La ventura no publiquen
De la mente que te guía;
¡Oh cuando el áncora dando
Mi libre planta se imprima,
Sobre la dorada arena
Donde mi bien ¡ay! respira!
¡Oh cuando llegue á sus brazos
Y se unan nuestras mejillas,
Marchitadas por el lloro
Que la ausencia producía!
Cual el torrente que arrasa
Las mustias flores marchitas
Que deshojadas se pierden
En sus remotas orillas:
¡Ya me llevas, ya me llevas,
Oh mi adorada barquilla,

Surca presta el agua triste,
Tórname al mar de delicias!
Tus remos doraré ledo,
Nevada pondré tu quilla,
Y en tus costados colores
Que amor constante repitan...
Pero ¡oh Dios! ¿qué es lo que veo?
Los rayos del sol no brillan,
Y entre encapotadas nubes
De í sus luces desvia;
El noto sopla á la proa;
La mar se encrespa atrevida,
Y sus altaneras ondas
Amagan tu lozanía;
Adios amor, adios glorias
Que ya miraba cumplidas,
Que la muerte se me opondrá
Con borrasca repentina:
Adios mi dulce esperanza,
Mi esperanza ya perdida;
Vuélveme pues á mis males,
Vuélveme, friste barquilla;
No corras el mar alegre,
Tórname al mar de desdichas.

II.

Zarpa, buquecillo mio,
Tus alas de lino bate,
Pues los fieros aquilones
Ceden á brisas suaves;
Y las espumosas olas
Humildes las peñas lamen,
Mientras el azul del cielo
Tambien se pinta en los mares;
Con tu oriflama graciosa
Publica mi amor triunfante,
Ofreciendo plata y perlas
Entre nácar y corales;
Con ligero y fácil vuelo
Llega al opulento Gades,
Pensil de mis pensamientos,
Pues como las flores nacen,
Y hermosas, como ellas lucen
En girasoles y esmaltes,
Y como ellas brillan, brillan
En divinos cambiantes;
Allí se anida mi alma,
Y mi amante pecho late,
Y extasiado allí se humilla
Ese océano inmensurable:
No es el poder, no es el oro,
Ni los laureles de Marte,
Ni los perfumes de Chipre
Lo que busco en tus cristales:
No es el miedo de la guerra
El que me ausenta de Caspe,
Ni el ver las huestes del Corso,
Ni del Britano las naves;
Que un corazón esforzado
No halla cosa que le espante,
Ora por chica ó por pobre,
Ora por rica ó por grande,
A amor, á amor solo sigo,
El me conduce hácia Gades,
Zarpa, buquecillo mio,
Tus alas de lino bate.

III.

De blanca espuma cubierta,
Largo el rizo y remo armado,
Mi buquecillo ligero
De Trafalgar llegó al cabo;
Suspense tendí la vista
Por el vago y ancho espacio,
Que fué de muertes y horrores
Triste y sangriento teatro:
¡Oh tiempo, dije, cuál borras
Con tu proceloso paso
O las escenas de luto,
O los placenteros cuadros!
¡Todo acaba en tu carrera!
Aquí en terrible aparato,
Tres naciones, tres ruinas
En pocas horas hallaron;
Tus ondas de negro y rojo
Cien buques de rabia armados,
Entre los hijos del agua
Tuvieron sepulcro vago;
Aquí del breton candillo
Se cumplió su fin infausto,
Y el de capitán glorioso
Y el de adalid esforzado;
Y aquí los cuatro elementos
Con negra saña mezclados,
A la nada redujeron
Todo el poder del humano;

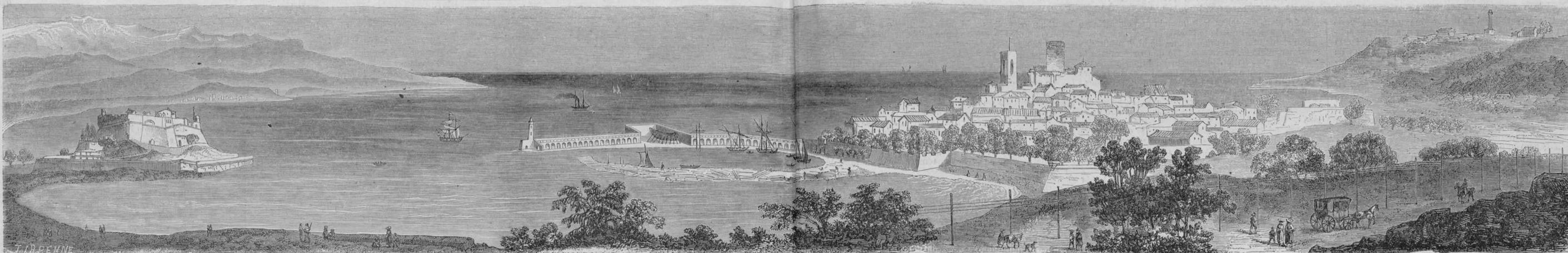
Mas ora en tranquila calma
A mi barquichuelo insano
Por tu apacible corriente
Libre le dejas el paso;
Mas qué mucho, si amor solo
Con su poder soberano
Lo que la fuerza no rinde,
Rinde con dulces halagos;
No soy imperiosa nave
Del atrevido Britano,
Ni el pabellon enarbolado
De leones y leopardos;
A amor, á amor solo sirvo,
El me selló con su mano,
Y soy de su grata corte
El mas humilde vasallo;
Y tú ¡oh mar! ya me conoces,
Si fácil me das el paso,
Pues rindiendo poderios
Llevas de amor los esclavos.

IV.

No arribó mas placentero
El náufrago y pio Eneas
Al regio alcázar de Dido
Después de horrible tormenta,
Ni en sus bellísimos brazos
Ninfas, Gracias y Sirenas,
Con mas placer recibieron
La diosa que en Chipre reina
Que el que sintió el pecho mio
Cuando al horizonte viera
Alzada la gran muralla
Que mis delicias encierra:
Tardo el vuelo de mi nave
A mi anhelar pareciera,
Y tardo del sacre el vuelo,
Y tarda veloz centella;
Pues el amante que vuelve
Después de penosa ausencia,
Siente doblados deseos
Cuando á su dicha se acerca;
Que es el amor cual el fuego
Que desde lejos no quema,
Y su poderosa llama
Se siente cuando está cerca.
Al punto tomé mi lira
Que abandonada yaciera,
Al son de amor acordando
Sus flojas y omisas cuerdas;
Y á par de blando favonio
Y de la espuma ligera,
A Gades le dirigía
Mi amorosa cantinela.

¡Oh Gades, mi patria,
Y patria de aquella
Deidad apacible,
Que mi alma sustenta!
¡Oh cielo sereno
Do brilla tu estrella,
Que de Urania adorna
La hermosa diadema!
De Hércules fenicio
Fundacion soberbia,
De Balbo, de Lucio,
Y de Columela;
De bravos Geriones
Dádiva y ofrenda;
De Pompeyo ilustre,
Del inclito César;
Preciosos delfines
En tu escudo ostentas,
Y del Leon numida
La garra y melena;
Cual árbol frondoso
Que en la primavera
De amores el nido
A tórtolas diera,
Abrija en tu seno,
Do mi vida alienta,
Al mas fino amante
Que vido la tierra;
Eternos loores
Sonarán mis cuerdas,
Quemaré en tus aras
Felices ofrendas;
Así el voraz tiempo
Respetando veas,
Tus vistosas torres
Y todas tus prendas;
Y yo en dulces lazos
Gozando de aquella
Deidad apacible,
Que mi alma sustenta.

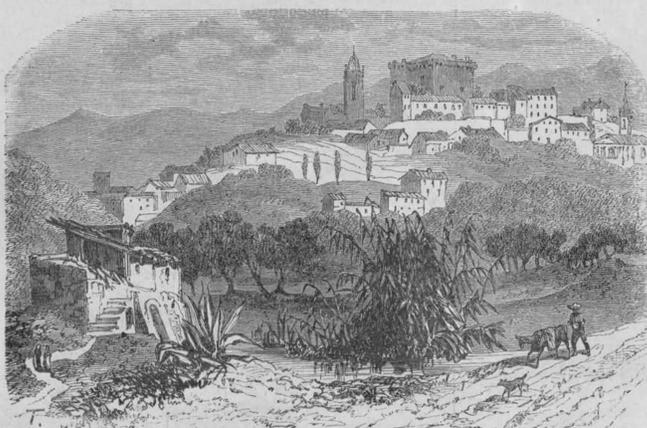
JUAN M. ARRAMBIDE.



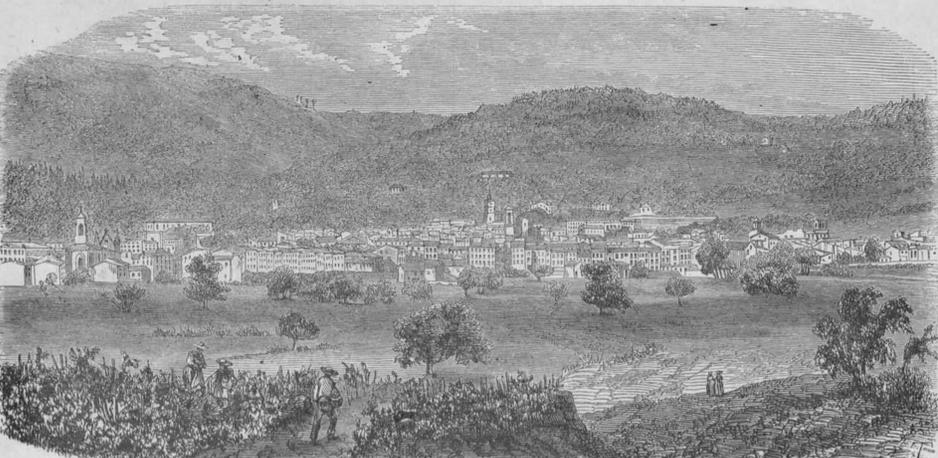
VISTA PANORAMA DE ANTIBES.



LA PIEDRA DE LA HADA EN DRAGUIGNAN.



CAGNES.



DRAGUIGNAN.

Viajes.

EL DEPARTAMENTO DEL VAR.

El departamento del Var es una transición entre la Francia y la Italia; diríase un territorio neutro sobre el cual se dan la mano entrambos países. Algunas de las bellezas de la naturaleza italiana se reúnen en él con las gracias mas severas de la naturaleza francesa. El cielo está sereno, el aire tibio, y la tierra produce allí sin esfuerzo el naranjo, la palmera, las cacteos, el aloe y las plantas que solo viven con los rayos del sol.

El viajero que busca ante todo los grandes efectos de paisaje, no hallará en ese departamento escenas grandiosas como las que pueden ofrecer los países de montaña; pero el aficionado á las perspectivas risueñas y á la naturaleza sencilla encontrará sitios y puntos de vista interesantes. Al Norte y al nordeste el departamento del Var tiene una configuración muy desigual; está erizado de montañas que son una ramificación de la cordillera de los Alpes Cocianos. Pero hasta la region montañosa presenta aspectos agradables. Las selvas de abetos y los vastos estanques que casi siempre hacen monótono el paisaje, forman en el Var como un continente y hacen resaltar mas y mejor los accidentes del panorama.

Bajo un punto de vista mas ideal, el departamento del Var merece igualmente un vivo interés. La historia de



TRAJES DEL DEPARTAMENTO DEL VAR.

este país está llena de vicisitudes. Su territorio está sembrado de recuerdos de la Grecia y de Roma. La dominación romana sobre todo ha dejado allí monumentos de su grandeza, y aun se visitan con mucha curiosidad las numerosas antigüedades que cubren el departamento, que son, anfiteatros, fortalezas, torres, campamentos, tumbas y vestigios de vias romanas. Algunas antigüedades druidicas y célticas recuerdan las primitivas Galias.

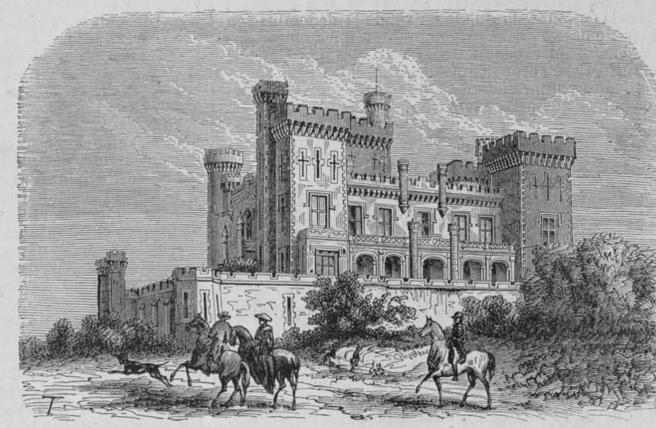
El departamento del Var formado de una parte de la antigua Provenza, tiene su puesto en la historia general de esta provincia; pero no hay ciudad en su division territorial que no conserve algun recuerdo histórico que la recomiende por algun título á la atención del viajero.

Draguignan, capital del Var, está situada á la falda del Malmont, en una llanura de una fertilidad admirable y rodeada de colinas cubiertas de viñedos y de olivares. Dicese que su fundacion data del siglo V. La ciudad que está bien edificada y tiene un bonito paseo, se despliega en anfiteatro y descubre un panorama de una hermosura poco comun. Esta ciudad, tan tranquila hoy, estuvo en otros tiempos muy trastornada por las agitaciones religiosas. Las guerras de religion fueron terribles en la ciudad, que tambien tomó parte en las revueltas de la Fronda.

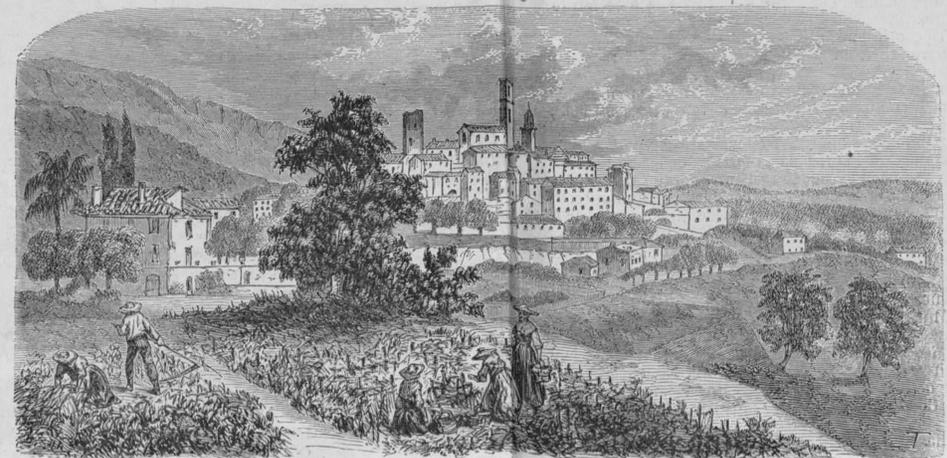
Grasse y Brignolles se recomiendan por una situacion encantadora y por ciertas particularidades. Grasse es una ciudad antigua fundada



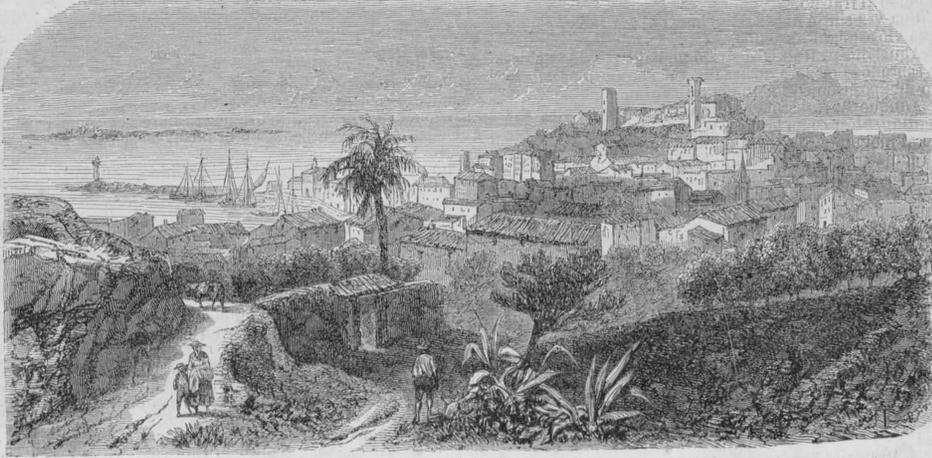
LA ABADIA DE SAN HONORATO EN LA ISLA DE LERINS.



PALACIO DE LORD BROUGHAM EN CANNES.



GRASSE.



CANNES.

en el lado meridional de una colina muy alta y de cara al mar. Sus cercanías forman una huerta deliciosa plantada de naranjos y limoneros. El aire está embalsamado constantemente con las emanaciones de los establecimientos de destilación que tienen el precioso monopolio del agua de flor de azahar *doble y triple de Grasse*.

Brignolles es pueblo muy estimado por sus productos; todos los golosos conocen la reputación de los dulces de Brignolles. Su clima es inmejorable.

Cagnes es un pueblecillo cerca de la orilla derecha del Cagnes que desemboca en el golfo de Génova. No conocemos ninguna particularidad notable sobre este pueblo; pero el hermoso castillo que posee le da derecho para ser citado entre los lugares más interesantes que puede visitar un viajero curioso.

Antibes, Saint-Tropez y Frejus sacan de su posición marítima muy pocas ventajas bajo el punto de vista de su importancia comercial. Antibes se encuentra en la garganta de la península que forma uno de los lados del golfo Juan. Este pueblo fué fundado por una colonia griega. — En 1815 la guarnición que le defendía dió un ejemplo de fidelidad que ha conservado la historia.

El 1º de marzo de 1815, cuando desembarcó Napoleón I en el golfo Juan, encargó á un capitán de su guardia y á veinte y cinco hombres que habían llegado con él á bordo del *Inconstant*, que fueran á Antibes, donde debían presentarse como desertores, y que trataran de seducir á la guarnición. Pero aquellos hombres arrastrados por su celo entraron gritando: *viva el emperador!* y al instante fueron desarmados y quedaron presos. Habiendo sabido Napoleón cuál había sido la suerte de sus enviados, despachó hácia el comandante de la plaza una de las personas de su comitiva que no pudo penetrar en la población.

Cannes é Hyeres son célebres por su clima; puede decirse que son unas enfermerías abiertas para los que padecen del pulmón, y para el tratamiento del spleen inglés, lord Brougham ha comprado en Cannes un palacio que habita frecuentemente, para distraerse de la política bajo aquel hermoso cielo. Toda esa parte del litoral es admirable por su belleza, y realiza las encantadoras ficciones del jardín de las Hespérides.

El espectador que desde las alturas de Hyeres dirige su vista hácia el mar, descubre delante los grupos de las islas de Lerins sobrenadando como canastillos de flores. Al Oeste se halla Porquerolles donde Luis XIV hacía criar faisanes. En la dirección de Cannes se distingue á lo lejos la isla de Santa Margarita, cuya fortaleza guardó el secreto del hombre de la máscara de hierro, personaje misterioso que ha sido y es un enigma para los historiadores. La isla de San Honorato erizada de pinos, lo que le ha valido la denominación Aigrette-de-Mer, debe su nombre al primer obispo que fundó el primer monasterio en las Galias. La abadía de Lerins tuvo en otro tiempo una gran celebridad.

¡Cuántas impresiones distintas para un viajero en os puntos que hemos señalado! C. M.

REDENCION.

CUENTO DE NAVIDAD.

(Conclusion.)

¡Ay! En vano suplicó; mis criados fueron inflexibles.

Sin embargo, toda esta intriga había tenido un testigo, un testigo cauteloso que habiéndola seguido toda paso á paso, aunque á cierta distancia, adivinaba lo que no podía ver.

Este testigo era el fabricante de Lancastre.

M. Runscold, poseedor de tantas riquezas, habría podido llevar la vida que yo había preferido; instruido, podía pretender á los altos empleos del Estado; pero había nacido en la clase media laboriosa, y se había atendido al trabajo.

Una vez sintió haber seguido esa vía, y fué el día en que vió á miss Fitz Willis.

Aquel día M. Runscold sintió no haber nacido noble, y sobre todo deploró amargamente no haber pretendido una posición social que le hubiera ennoblecido.

Aunque M. Runscold era un verdadero noble por sus sentimientos; como los Fitz Willis no se habían asociado al movimiento social inglés en que la misma nobleza tomaba parte, no perdonaban á M. Runscold el origen de su fortuna.

La posesión de las tierras del castillo aumentaba más aun la fuerza de las preocupaciones de los Fitz Willis, y jamás se habrían abierto para él las puertas de los salones de sus nobles vecinos.

Pero todos los domingos, en la iglesia, Runscold veía á miss Fitz Willis, y esta niña, que reasumía en sí todas las virtudes de sus antepasados, y no había heredado ninguno de sus defectos, le inspiró una pasión sin esperanza alguna.

Sabiendo que no podía prometerse casarse nunca con la mujer que amaba, M. Runscold resolvió adoptarla tácitamente, prodigándola de lejos las atenciones más delicadas, y concluyendo por repartir un día su fortuna entre ella y su sobrino, huérfano que ya había adoptado.

M. Runscold hizo voto de permanecer soltero.

M. Runscold conocía mi vida; se la había hecho contar, cuando observando mis visitas al castillo, había

principiado á sospechar la influencia que ejercería yo sobre las personas que le habitaban.

Con el instinto admirable de un hombre profundamente enamorado, había conocido que se acercaba la tempestad, y se hallaba dispuesto á dominarla.

El domingo que siguió al día de mi reclusión, miss Fitz Willis se presentó en la iglesia como de costumbre, pero no se levantó el velo. A pesar de la blonda no se escaparon á la mirada penetrante de M. Runscold los estragos que el dolor había hecho en el rostro de la joven.

Algunos días después, oculto detrás del cercado que separaba su dominio del parque del castillo, M. Runscold distinguió á miss Fitz Willis que se paseaba bajo los árboles tristemente, como si hubiera envejecido diez años.

M. Runscold lo comprendió todo, y al instante había formado su resolución.

Pocos minutos después estaba en mi aposento.

No suplicó como había hecho miss Fitz Willis, sino que ordenó á los criados que le introdujeran, y estos se apresuraron á obedecerle.

Aunque turbado los primeros días que siguieron á mi abandono, yo había recobrado por fin alguna serenidad de ánimo. Mi primera idea fué marcharme á Londres, pero no llevé adelante el proyecto en atención á los pocos peligros que corría.

¿Qué tenía que temer? Ni siquiera un vengador. El padre de miss Fitz Willis, el único hombre de la familia, era un anciano.

Me regocijaba yo de haber puesto fin á la aventura con aquella infamia cuando entró M. Runscold.

Yo nunca había querido á M. Runscold. A pesar de su fisonomía serena y resignada, conocía yo que latía en aquel cuerpo un corazón vigoroso.

Al verle entrar, se apoderó de mí un terror vago.

No tuve valor para pedirle cuenta de la violación de mi consigna, é inclinándome delante de aquel hombre á quien aborrecía, le dije que tomara asiento.

Pero M. Runscold, sereno como siempre, aunque con los ojos encendidos, no quiso sentarse.

Yo comencé á ponerme pálido.

— Caballero, dijo M. Runscold, hace ocho días que miss Fitz Willis está llorando, y vos tenéis la culpa, pues en ese tiempo no os habeis presentado en el castillo. No sé si miss Fitz Willis llora vuestro abandono, y nada más, quiero creerlo así; por poco que os estime, la estimo á ella demasiado para injuriarla con una sospecha.

Sosegado con estas últimas palabras, y encolerizado con el juicio terrible que acababa de formular M. Runscold acerca de mí, me lancé hácia él dispuesto á darle golpes; pero él, sin perder su serenidad, añadió:

— Esperad, caballero, no he concluido.

— Mi cabeza ardia.

— No me reconocéis con ningún derecho para vengar las lágrimas de miss Fitz Willis; no reclamo yo ese derecho, pero sí la voluntad para la venganza; ó enjugaréis esas lágrimas, ó me daréis satisfacción.

Yo había vuelto á caer en mi asiento y no me movía; pero él, saliendo de su calma espantosa, me cogió por el pelo con una mano que temblaba, y levantándome, me dijo colocando su rostro junto al mío:

— Ahora debéis indignaros, ¿qué os detiene?

Y me arrojó sobre mi sillón, quedándose con mechadas de mi pelo entre sus dedos crispados.

— Salgamos, caballero, me dijo, salgamos.

Y sin buscar padrinos, tomamos unas pistolas y nos dirigimos por un jardinillo hácia un bosque que me pertenecía.

Yo tiré primero, y gracias á una habilidad incomparable adquirida hácia mucho tiempo, gracias al hábito más bien que á la voluntad, herí á mi adversario en el pecho. En todo habíamos seguido las reglas del honor, como él lo declaró posteriormente.

Al verle caer, corrí como un loco hácia mi casa. Unos aldeanos que trabajaban por allí cerca, fueron á socorrerle.

En tanto que M. Runscold yacía en su lecho entre la vida y la muerte, yo, acometido de un delirio espantoso, revelada á todo el mundo la deshonra de miss Fitz Willis, y la venganza que había querido tomar sobre mí M. Runscold.

No necesito pintaros la consternación que este acontecimiento causó en el castillo. El padre de Inés quería abandonar la comarca, prefiriendo la miseria en cualquier parte á la vergüenza en el hogar de sus antepasados.

Una palabra de M. Runscold le determinó á quedarse.

M. Runscold había deseado ver al conde, y este se presentó en su casa.

— Milor, le dijo M. Runscold, perdonadme que haya querido vengar el honor de vuestra hija, y perdonadme también el afecto filial que la profeso. Desde el día en que comprendí que no podía casarme con ella, he resuelto hacerme su tutor. Vuestra familia, desposeída hace largo tiempo, ha tenido que abandonar los restos de su fortuna, que le había permitido recuperar una buena suerte momentánea. Yo recogí una parte de ellos, y quiero un día restituirlos á la pupila que me he elegido. Lo demás de esos restos pertenece á mi adversario; él es barón, y puede casarse con ella, además vuestra hija le ama.

El anciano meneó tristemente la cabeza.

— Se casará con ella, repitió M. Runscold; yo os respondo de que se casará.

La convalecencia de M. Runscold y la mía se concluyeron casi al mismo tiempo.

Cuando M. Runscold pudo salir, vino á mi casa, y me comunicó la promesa que había hecho al conde.

Mi cabeza débil aun no pudo resistir á las instancias de mi antiguo enemigo, y dejándome seducir por los encantos del porvenir que M. Runscold me pintaba cada día con colores más halagüeños, dí mi palabra.

La alegría de miss Fitz Willis fué muy grande, y en breve aquella hermosa fisonomía, que la vergüenza había marchitado un instante, recobró toda su frescura.

Pero el viejo lord, debilitado por aquellos sacudimientos no tardó en inclinarse hácia la tumba, y apenas hacía tres meses que se habían celebrado nuestras bodas, cuando enterramos al último de los Fitz Willis.

Lady Rumpston, mi mujer, quiso que al tomar posesión del castillo de su padre, tomase yo el nombre de sus antepasados.

Yo no quería, porque no podía encontrarme bien en el círculo de honor en que me encerraba aquel antiguo nombre; conocía que había entrado en la familia por la fuerza de las cosas, y sentía no haber añadido más que un castillo desmantelado á mi escasa fortuna.

Para distraerme, principié á responder á las cartas que mis amigos de Londres me escribían de tiempo en tiempo; ignorando toda la extensión de la ruina de los Fitz Willis, me felicitaban por el buen casamiento que había hecho, y solo esperaban el fin de mi luto para acudir á felicitarme en persona.

Se prometían la repetición de aquellos hermosos días que habíamos pasado juntos, y yo les dejaba creer en una opulencia que no existía.

Pasado el luto, vinieron en muchedumbre.

El tren de casa conservado por los Fitz Willis y continuado por su hija, exagerado por mí, los deslumbró y quedaron persuadidos de que efectivamente era yo poderoso.

Se repitieron las grandes cacerías, los festines espléndidos y el juego.

En medio de estas circunstancias vine á ser padre; miss Fitz Willis quiso que su hija se llamara Inés, como ella se llamaba.

Este suceso en nada cambió mi método de vida.

Al verme inflexiblemente consagrado al placer, lady Fitz Willis me hizo observar que el camino que había tomado conducía á un precipicio.

Yo traté mal á mi buena consejera, la eché en cara que me había envuelto en sus redes, y como ella se indignara contra mi infamia, me atreví á pegar á aquella mujer que hasta sus abuelos habían venerado.

Desde entonces se retiró al fondo de sus aposentos, y se negó á presentarse en mis fiestas.

En más libertad con su ausencia, mis amigos y yo aceleramos mi ruina. Un día eché de ver que solo me quedaba el castillo.

Quise rehacer mi fortuna de un solo golpe, y después de un banquete, cuando se pusieron las mesas de juego, ofrecí jugar mi castillo.

M. Runscold, que se había hecho nuestro amigo desde mi boda, solía venir á mis fiestas, no porque en ellas encontrara ninguna diversion, sino para ser nuestra providencia en la hora de la última caída.

El sostuvo la apuesta contra mí.

La suerte se decidió en su favor, y el último resto del dominio de los Fitz Willis quedó perdido para sus descendientes.

— Ahora podeis marcharos ya, dije á mis amigos. Mañana este castillo pasará, como todo lo que poseo, á ser pertenencia de mi amigo M. Runscold. Después, ¡cúmplase la voluntad de Dios!

Al otro día, cuando se presentó el nuevo propietario á tomar posesión de sus bienes, le llevé á un aposento sombrío que estaba en el fondo del pabellón meridional, y mostrándole á lady Rumpston, pálida como la cera, que estaba en su lecho, le dije:

— ¡La última de los Fitz Willis lo sabe todo, y ha muerto, porque no ha podido sobrevivir á la suprema ruina de su casa!...

En este momento el barón se detuvo; la emoción le ahogaba.

— Yo continuaré, dijo M. Runscold.

Enterramos á la pobre Inés entre su padre y su madre.

Cuando se hubo concluido esta triste ceremonia, me llevé al barón á mi casa, y haciéndole sentar á mi lado, le dije:

— ¿Qué hareis ahora? Yo devolveré á vuestra hija, mi pupila verdadera, toda la fortuna de los Fitz Willis, pero á vos nada os puedo restituir, porque vuestra alma es demasiado débil para conservar ninguna cosa.

— Tenéis razón, respondió; saldré mañana para ir á combatir en las Indias, bajo la bandera inglesa.

— Vuestro puesto no está allí, le dijo yo; ¿y la expiación? Mañana saldréis para el nuevo mundo; os he destinado un empleo en una hacienda que tengo y que será vuestra cuando la hayais ganado, un empleo laborioso, humilde, donde aprenderéis á obedecer, y á mandar luego.

Partió, y desde la escala más ínfima supo elevarse por su buena conducta y su celo á la categoría de director de nuestra casa de las colonias. — Es M. Walter.

— ¡Cómo! ¿Es M. Walter? gritaron los socios y Ricardo.

— Hace diez y ocho años que salí de Inglaterra, repuso lord Fitz Willis, y no habría regresado si no me hubiese llamado M. Runscold. Y no obstante, ¡cuánto deseaba ver á mi hija!

En aquel momento dieron las doce, y la puerta mis-

teriosa por donde había entrado el desconocido se abrió por segunda vez, para dar paso á una jóven vestida de blanco, la imágen viva de un retrato de aquel salon, del retrato de Inés Fitz Willis.

Esta vez las puertas no rechinaron; únicamente un viento fresco penetró en el salon y refrescó las frentes abrasadas de los que habían oído la historia contada por lord Fitz Willis.

En el primer momento el padre contempló en silencio á la jóven, y luego cayendo de rodillas á sus plantas, exclamó:

— ¡Me has perdonado?

La jóven rodeó con sus brazos aquella cabeza encañecida por el dolor, y poniendo sus labios sobre aquella frente arrugada, dijo sollozando:

— ¡Padre mio!

Permanecieron abrazados un buen rato, y despues, dirigiéndose á Ricardo, le preguntó:

— ¿Y vos, me perdonareis?

— ¡Yo!

— Sé que la amais, dijo señalando á su hija, pero es preciso que me perdones igualmente para que no tengais que sonrojaros de vuestro padre.

— Seria preciso que fuera yo mas severo que Dios mismo para no estimaros. Un pecador que se rehabilita es mas agradable á los ojos del Señor que el justo que no ha pecado. Sin la caída no habríamos tenido Redentor.

— Vamos, repuso M. Runscold, que todo se perdona; la expiación ha sido bastante larga. Por fin el nombre de Fitz Willis ha recobrado su antiguo esplendor. Pero nos advierten que la colación de Nochebuena está en la mesa; el comedor se halla en tan mal estado como los otros aposentos; á vosotros toca el honor de restaurar estas ruinas. Pupila y sobrina mia, á los postres os entregaré la escritura que os devuelve la posesion de todo el patrimonio de los Fitz Willis, y brindaremos á su prosperidad futura.

— Y á la de M. Runscold, pues sin él se habrían concluido los Fitz Willis.

L. M.

Episodio de la guerra civil.

Á MI QUERIDO AMIGO

EMILIO SANTOS.

Una mañana del día 11 de agosto de 183... me disponia á recorrer los puntos avanzados establecidos delante de Urnieta á la vista de Hernani, cuando se me dió la orden de presentarme inmediatamente en el cuartel general, situado en el pueblo de Soravilla, para recibir instrucciones y desempeñar una comision reservada é importante.

Cuando llegué al cuartel general, el jefe con el cual me unian lazos de íntima amistad, se encerró conmigo en un gabinete y me habló en esta forma:

— Hace cosa de ocho dias salieron de San Sebastian ocho *Chapelgorris* (1) al mando de un oficial, con el firme propósito de atentar á la vida de S. M., bien emboscándose en el camino que deba seguir en alguno de los viajes que hace de un pueblo á otro, bien introduciéndose en el cuartel real, bien de otro cualquier modo. Para conseguir con mas facilidad su objeto, vistieron el mismo uniforme que nuestros soldados, y merced á este disfraz, han recorrido impunemente todo el pais dominado por nuestras tropas. Circunstancias imprevistas han hecho fracasar tan horrible proyecto: la partida se ha dispersado, y su jefe, despues de vagar de un punto á otro, perseguido por todas partes, hambriento, extenuado, ha desaparecido de pronto, aunque tengo la certeza de que ni ha pasado la frontera de Francia ni tampoco ha llegado á la plaza de San Sebastian.

— ¿Y cómo han podido recorrer el pais sin conocer el idioma? pregunté admirado de lo que oía, pues no podia concebir que hubiese un vascongado que se presurara á cometer tan odioso atentado.

El general me tomó la mano, y apretándola con fuerza me contestó:

— ¡Quién sino un hijo de esta tierra imagina un plan tan atrevido y se compromete á llevarlo á cabo? Acuérdate de que eran vascongados los que idearon prender á Napoleon y matarlo si se resistía cuando negociaba con Carlos IV en Marrac la abdicacion de la corona de España en favor de su hermano José: vascongados eran los que emboscados desde las cercanias de Marrac hasta la frontera de Navarra no pudieron realizar su plan, gracias, ¿á qué dirás?

— ¿A qué? le pregunté.

— A que llovió aquel día lo bastante para que el dueño de Europa no saliera de paseo á caballo como lo verificaba todas las tardes por el sitio en que estaban emboscados nuestros compatriotas (2). Ahora bien, prosiguió, aquella accion hubiera sido heroica, al paso que la que han intentado ahora, ni quiero ni debo calificarla. Lo que importa es apoderarnos del jefe de la partida: tengo motivos para creer que se oculta en los montes próximos á nuestra línea, espando una ocasion para refugiarse en San Sebastian. Tú conoces estos

(1) Gorras encarnadas. Se llamaban así los que componian el batallon de francos de Guipúzcoa.

(2) Confirman este hecho la tradicion, y una historia anónima de Fernando VII, impresa en Madrid en la imprenta de Repullés.

montes: tengo confianza en tu actividad y en tu celo; eres reservado, y quiero confiarte la mision de prender á ese hombre que lo traerás vivo ó muerto. Si quieres que te acompañe alguna fuerza, elige tú mismo los soldados, y dejo á tu arbitrio su número.

— General, le contesté, para esa expedicion me basta mi asistente. Déme Vd. las señas del oficial, y me pondré en camino inmediatamente.

— No necesitas sus señas: le conoces mejor que yo.

— ¿Le conozco? pregunté admirado.

— Sí: ha sido amigo y condiscípulo tuyo; desertó de nuestras filas: es el subteniente Antonio M...

Absorto quedé al oír aquel nombre. Era en efecto el de un amigo de infancia; quise oponer dificultades para encargarme de aquella mision; pero el general, revistiéndose de su autoridad selló mis labios diciendo:

— Yo lo mando.

A tan categórica orden no habia medio alguno de resistencia. Saludé al general, y una hora despues, acompañado de mi primo, trepaba el Atchular, y seguia el sendero que desde Andoain conduce á la villa de Goizueta en Navarra, á donde llegué aquella misma noche.

II.

En la noble villa me esperaban dos amores.

El de mi tio cura que me queria como á un hijo; y el de una jóven y bella viuda, que segun me repetia mil veces, me amaba mas que á las niñas de sus ojos.

El tio cura y la bella viuda, cada cual á su manera, me daban inequívocas y frecuentes pruebas de su cariño.

Llegué á casa de mi tio á las diez de la noche, hora en que todos dormian sin duda en el pueblo, segun estaban solitarias sus calles y silenciosas y oscuras las casas.

Mi buen tio acababa de cenar, y arrellenado en su poltrona, saboreaba un tabaco mediano encerrado en una pipa de barro blanco.

Sus excelentes y numerosos sabuesos puestos en cucullas al rededor de la mesa, fijaban sus inteligentes ojos en las masas de humo que mi tio lanzaba de su boca con la gravedad de un sátrapa asiático.

Excuso decir que los perros me recibieron con sonoros ladridos de placer y saltos de alegría, y mi buen tio con abrazos capaces de sofocar á un toro.

Las palabras sacramentales de mi tio eran estas:

— En mi casa encontrarás buenos perros, escopetas y municiones; excelente mesa; mullida cama; bodega provista y surtida despensa: en cuanto á metálico, media onza á lo sumo.

Estas palabras eran consecuencia natural de esta otra máxima que lo caracterizaba:

Vivir bien á costa de los herederos.

Pero á pesar de la dosis de egoismo que encerraba la máxima indicada, siempre encontré en el bolsón de seda verde de mi tio dos, tres y hasta seis onzas de oro cuando se las pedia para mis apuros. Estos eran asaz frecuentes entonces como ahora: él gruñia; yo insistia; mi primo hacia coro; y cuando lo veíamos algo reacio, dábale yo un abrazo y le juraba que no seria su heredero: rodaba entonces por su redonda y rubicunda megilla una lágrima, y las onzas que yo necesitaba se encontraban milagrosamente en los bolsillos de mis pantalones al levantarme de la cama la mañana siguiente.

Este era mi tio don Fermin.

En cuanto á mi primo, que me sirvió de asistente mientras duró la guerra, remito al lector á una leyenda que con el título de *la Bocina de Roldán* escribí y publiqué años há.

Era mi consejero áulico en las empresas de empeño.

Durante el viaje de aquel dia, se mantuvo á cien pasos de distancia delante de mi caballo, tarareando ó silbando cierto *zorrico* (1) de su composicion, que no salia á plaza sino en las grandes ocasiones, ó cuando notaba mi silencio obstinado, fruto de alguna grave preocupacion.

La composicion musical de que se trata era enrevesada por demás, y como mi primo poseia una voz que hubiera envidiado Tamburini, siempre que cantaba el susodicho *zorrico*, estaba seguro de que yo le interrumpiria diciéndole:

— ¿Acabarás de graznar, Francisco?

A lo cual contestaba el:

— ¿Y qué diablos quieres que haga? Yo no soy car tujo, ni tú eres mudo.

Y de aquí tomaba pié para entablar la conversacion, que era su deseo, distrayéndome al paso de mis preocupaciones.

Pero mientras duró el viaje de que hablamos no le salió la cuenta: á pesar de los gorgoritos con que sazonaba el *zorrico*; á pesar de ciertas *fermatas* fábulosamente extravagantes y dignas del repertorio de Caltañazor, con que variaba al infinito las cadencias; á pesar en fin, de cantar, gritar, aullar y silbar el famoso *zorrico*, no abrí mis labios para interrumpirle, con harta enojo suyo.

Llegamos pues á Goizueta sin habernos dirigido la palabra.

Mi tio se acostó muy contento con la idea de tenerme

(1) Música de un ritmo original: esta y el baile llamado así, son originarios del pais vascongado.

en su compañía durante una semana, ajeno, así como mi primo, del objeto de mi viaje.

Francisco, muy mal humorado como es de presumir, me descalzó las espuelas y se preparaba á quitarme las botas, cuando de pronto se quedó parado y con tanta boca abierta al oír que en tono breve y seco le decia yo:

— Francisco, carga mis pistolas.

— ¡Las pistolas! ¿Vas á tirar al blanco á las once de la noche?

— Haz lo que te mando, le contesté.

Francisco obedeció.

— Abre ahora esa ventana: proseguí.

— Ya está; contestó cada vez mas admirado.

— Toma el cuchillo de monte del tio.

Descolgué del clavo de donde pendia aquel instrumento de muerte y lo coloqué en la faja.

— Ahora salta por la ventana á la calle.

— ¿Que salte por la ventana? exclamó atónito. Tú estás loco, Pepe.

— ¿Tienes miedo? le pregunté con sonrisa burlona.

Francisco se puso pálido, se encogió de hombros, y saltó por la ventana que distaba cosa de doce piés del piso de la calle.

Apagué la luz, tomé las pistolas y salté á mi vez.

— Sígueme, Francisco, le dije echando á andar por las oscuras callejuelas, en direccion á la casa de la viuda.

— Pepe, me dijo agarrándome del brazo con fuerza cuando vió que me paraba á la puerta; Pepe, detente y mira lo que haces: si esa mujer te es infiel, si te ha engañado, despréciala y no cometas una locura: mira que si hasta ahora te he seguido en silencio y obediente como un perro, lo que es en este momento te cojo por la cintura, y quieras que no te llevo como un fardo á casa.

Y esto diciendo, abrazó mi cuerpo con sus hereúleos brazos y me levantó en el aire.

— Déjame en paz; le dije procurando en vano desasirme de él. No se trata de eso, Francisco; la viuda me ama, y aun cuando así no fuese, no me da gran cuidado: es cosa mas seria la que me trae aquí.

— ¡Ah! exclamó abriendo los brazos: ¡cosa seria! ¿Y de cuándo acá caminamos solos toda una tarde sin dirigirme la palabra? ¿De cuándo acá, prosiguió entre cariñoso y apesadumbrado, de cuándo acá no consultas conmigo un caso peligroso? Yo que he abandonado á mi pobre madre por seguirte á campaña y participar de todos tus peligros; yo que te cuidó como á un hijo, y que me haré matar de fijo antes que á tí te toquen al pelo de la ropa, ¿merezo que te portes así conmigo? Hace un mes, cuando aquella maldecida sorpresa de Zaldúñ, ¿no despaché al otro barrio á aquellos dos ingleses que te iban á matar sin remedio? ¿No he obrado siempre así contigo? ¡Ah! exclamó con acento de doloroso reproche; ¡tú no me quieres ya!

— Francisco, le dije tomándole la mano y estrechándola cariñosamente: suceden en este mundo cosas tan imprevistas, tan extrañas, que francamente...

Y me callé sin saber qué decir.

— Vamos á ver, Pepe; no hay que afligirse. ¿De qué se trata?

— Se trata de prender á un hombre; ó si se resiste, como se resistirá, matarlo.

— Pues lo matamos, y santas pascuas; contestó con la mayor sangre fria.

— Si; pero el que se me ha mandado prender ó matar es un amigo de la infancia.

— Pues le dejaremos escapar, y que lo prendan ó maten otros.

— ¿Y la orden terminante del general?

— Vayan al diablo el general y sus órdenes: ¿le has dicho que es amigo tuyo?

— Sí.

— ¿Y á pesar de eso te ha dado la orden?

— Sí.

— ¿Y tú qué piensas hacer?

— ¿Qué harías tú en mi lugar? le pregunté á mi vez.

— ¿Yo? le diria: amiguito, tengo que prenderte ó matarte; pero como la santa amistad está sobre todos los mandatos, vengo á decirte que te vayas con mil diablos á hacerle matar á otra parte.

— Esa es tambien mi opinion.

— En ese caso vámonos derechitos á donde se encuentra ese hombre, démosle el aviso, pongámosle en salvo, y... á dormir.

— Es que yo no sé donde buscarlo, porque ignoro su escondite; y por eso...

— ¡Ah! La viuda sabe quizá...

— Lo sospecho, no sé porqué; me lo dice el corazon.

— ¿Y quién es él?

— Antonio: ¿te acuerdas? El que se pasó á los cristinos.

— ¡Hum! murmuró Francisco frunciendo el ceño: nunca me gustó ese mozo: ya sospechaba yo que al fin, al fin... y ¿qué ha hecho para...

— Ese es un secreto, le interrumpí: ahora que sabes quién es, ¿me aconsejas lo de antes?

— Lo mismo: es un amigo y basta: además, cada uno es hijo de sus obras, y en el pecado lleva la penitencia.

Estreché de nuevo la mano de mi noble primo, y mandándole guardar la puerta que daba á un huerto, con instrucciones arregladas á nuestro modo de pensar en el asunto, llamé á la puerta que daba á la calle.

(Véase el fin de este artículo en la página 414.)



LA MISA DEL GALLO EN LA IGLESIA DE SAN ESTEBAN DEL MONTE, EN PARIS.

H. PEYRONNET



EL GENERAL COUSIN MONTAUBAN, COMANDANTE EN JEFE DEL CUERPO EXPEDICIONARIO FRANCÉS ENVIADO A LA CHINA.

El general Cousin Montauban,

COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS TERRESTRES Y MARITIMAS DE LA EXPEDICION DE CHINA.

Por decreto imperial de 13 de noviembre, el general de division Cousin Montauban, que mandaba la 2ª division militar en Ruan, ha sido encargado del mando de las fuerzas terrestres y marítimas de la expedición de China. El cuerpo expedicionario se compone de dos brigadas con un efectivo de 9,000 hombres.

El general ha dirigido á sus tropas una orden del dia concebida en estos términos:

« Oficiales y soldados: Estais llamados á emprender una expedición lejana y gloriosa bajo la egida de Napoleon III y de la Francia. No será vuestra empresa la de añadir nuevas conquistas á las que han ilustrado á la nacion; probareis con vuestra severa disciplina á numerosas poblaciones que no sois los bárbaros que se figuran, y con vuestro belicoso ardor la superioridad de vuestro ímpetu.

» Por segunda vez se unirá nuestro pabellon con el inglés, y esta union será prenda segura de victoria, como la de ambos pueblos lo es de paz para todo el mundo.

» Grande y magnífica es vuestra empresa, cuyo éxito es seguro con vuestra adhesión al emperador y á la Francia.

» El dia en que regreseis á la madre patria, direis con orgullo á vuestros conciudadanos; que habeis sostenido el pabellon nacional en comarcas en donde la inmortal Roma, en la época de su grandeza, no pensó en hacer penetrar sus legiones.

» Concediéndome S. M. el honor de ser vuestro jefe, me ha dispensado un favor distinguido, de que solo podré mostrarme agradecido ocupándome en proveer á vuestras necesidades con incansable solicitud.

» Que llegue el dia del combate y podreis contar conmigo como cuento con vosotros, seguros de que al-

canzaremos el triunfo á los gritos de ;viva el emperador! ;viva la Francia!

» Cuartel general de Paris. 19 de noviembre de 1859. — El general en jefe, COUSIN MONTAUBAN. »

Nacido en Paris el 14 de junio de 1796, el general Montauban entró en los guardias de Corps en 1814; alférez en 1815, entró en 1820 en la escuela de aplicación de estado mayor. Capitan ayudante mayor en el 2º regimiento de cazadores de Africa en 1832, y comandante de escuadron en los spahis regulares de Oran en 1836, teniente coronel en el 1º regimiento de cazadores de Africa en 1843, coronel del 2º regimiento de spahis en 1845, y del 2º de cazadores de Africa en 1847, fué promovido al grado de general de brigada en 1851, y al de general de division en 1855.

El general Montauban ha hecho la mayor parte de su carrera militar en la Argelia, donde ha servido constantemente desde 1831 hasta 1857; cuenta veinte y seis campañas.

Estuvo en España en el año 1823.

Muchas veces ha sido citado en las órdenes del dia del ejército por su brillante conducta durante las largas luchas sostenidas en la Argelia por el ejército francés. El mariscal Bugeaud, gobernador general de la Argelia, en su parte del 8 de julio de 1841, sobre la acción de los dias 5 y 6 en Sur-Kel-Mitu, se expresaba en estos términos:

« Nuestra pérdida en los dos combates ha sido de 11 muertos y 28 heridos. Entre estos últimos se halla el inteligente y bizarro comandante de escuadron Montauban, de los spahis. En el primer combate mató con su propia mano a muchos enemigos á la cabeza de cuarenta jinetes, que eran los únicos que componian la caballería de la columna; el dia siguiente en la acción que puso fin al combate, recibió un balazo en el pecho. »

Caballero de la Legion de Honor el 18 de abril de 1834, oficial el 10 de diciembre de 1844, el general Montauban fué nombrado comendador en 23 de enero de 1848.

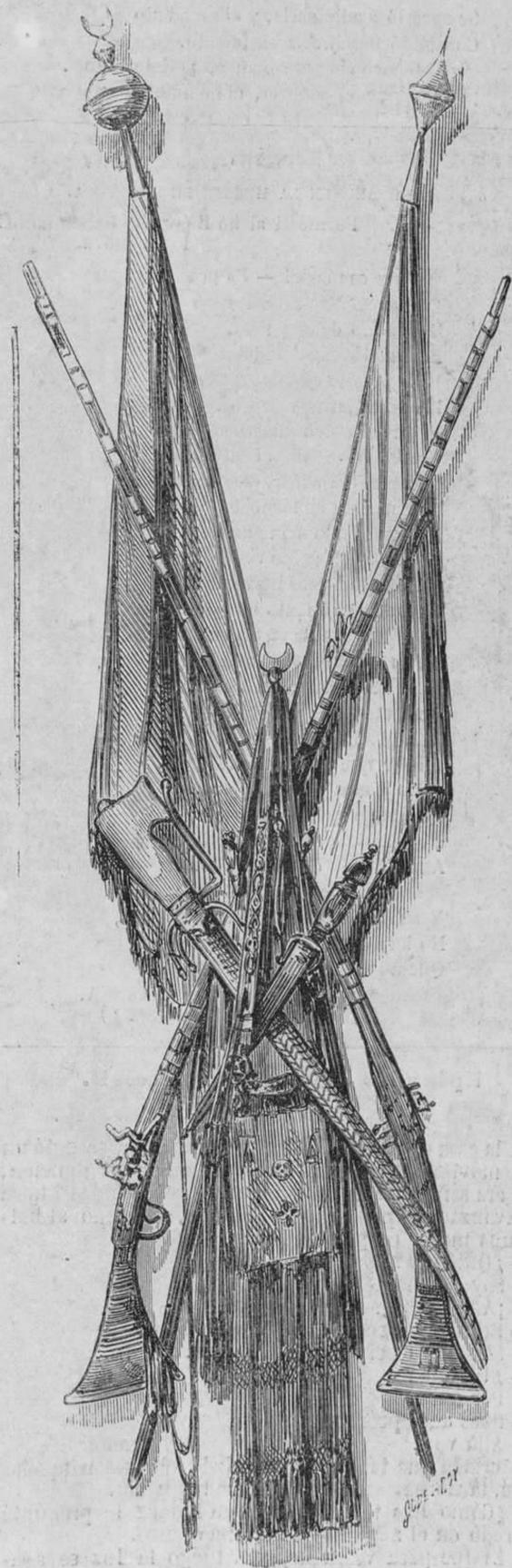
Aunque de 1831 á 1841 el general haya servido en el arma de caballería, su ingreso sucesivo en varios cuerpos le ha permitido adquirir conocimientos militares tan variados como extensos, de modo que no es extraño á ninguna de las demás armas, condicion esencial para un comandante en jefe. V. P.

Banderas y armas cogidas por los franceses á los marroquíes.

El comandante de escuadron de estado mayor Mirches, edecan del general comandante de las fuerzas terrestres y marítimas en Argelia, tuvo el honor de presentar á S. M. el emperador en el palacio de Compiègne, juntamente con el parte de las operaciones ejecutadas por las tropas francesas contra las tribus marroquíes que conocen ya nuestros lectores, dos banderas tomadas á los machias y á los angades en la jornada del 5 de noviembre último. Estos gloriosos trofeos estaban acompañados con el grupo de armas que representa nuestro dibujo.

Las dos banderas son de seda montadas en astas que rematan la una en un cono de hojalata, y la otra en una bola de cobre coronada con una media luna.

Los fusiles son de piedra con culatas muy sencillas; el sable tiene un puño de forma original, con una parte de él adornada con arabescos de embutidos de plata; un puñal Gali se distingue mucho por las cinceladuras de su hoja. La djebira, especie de bolsa con compartimientos, es de tafete encarnado con dibujos respunteados con seda de diversos colores, y se termina por una larga franja de cuero recortado y trenzado en ciertas partes.



BANDERAS Y ARMAS TOMADAS Á LAS TRIBUS MARROQUÍES, y presentadas á S. M. el emperador en Compiègne.

Fabulas.

Por quitarse el sombrero don Facundo,
Le llevó un constipado al otro mundo.
«Lectores, en agosto y en febrero
Hasta dormir debemos con sombrero.»

Por dormir con sombrero don Pascual,
Se murió de un ataque cerebral.
«Pues entonces el sombrero... ¡voto al mosto!
Ni conviene en febrero ni en agosto.»

Por correr como un gamo don Matías,
Le tuvieron que hacer cuatro sangrías;
Y á pesar de las cuatro, al cementerio
El infeliz se nos marchó muy serio.
«No corras ¡oh lector! yo te lo imploro,
Aunque te siga rebramando un toro.»

Por andar muy despacio don Mateo,
Aplastó un carruaje en el paseo;
Y á Gaspar, á Felipe y á Simon,
Un carro les deshizo el esternon.
«Aunque tengas, lector, ochenta callos,
Deja atrás en correr á los caballos.»

Cierto mocito hallóse una avellana;
La cogió, la partió, la encontró vana,
Y entonces dijo con dolor profundo:
«¡No hay mas que vanidad en este mundo!»

Al leer don Antonio una charada
El todo de la cual era cebada,
Se aprestó á adivinarla, y al momento
Consiguió descifrarla su talento.
«Al blanco siempre blanco, al tinto tinto...
¡Lo que puede, señores, el instinto!»

Elegía.

Á JOSÉ FORNARIS EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Fermossi al fin il cor che balzzo tanto!
PINDEMONTE.

¡Ley es morir! — Es preciso
Que encuentre asilo seguro
En el seno de una rosa
El insecto vagabundo.

Es preciso que descansen
Peces, pájaros y brutos,
Y que el polvo vuelva al polvo
Y el hombre baje al sepulcro.

Aprende á sufrir. — Contempla
Lo que pasa en torno tuyo,
Y conociendo á la muerte
No temas su golpe rudo.

No te indignes porque venga
Envuelta en manto de luto,
Ni te amedrente su aspecto,
Ni su voz te cause susto.

No llores porque á las plantas
Arrebate hojas y frutos,
Y la blanca mariposa
La flor que buscó en el musgo.

No gimas porque te robe
Lo que en verdad no era tuyo,
Ni tiembles porque te quedas
Abandonado en el mundo.

Confórmate con sus fallos:
Y aunque el consuelo es muy duro,
No hay árbol que dé mas sombra
Que un sáuce sobre un sepulcro.

JUAN CLEMENTE ZENEA.
(De la isla de Cuba.)

Episodio de la guerra civil.

(Conclusion.)

En la casa momentos antes tan silenciosa, se notó un gran movimiento que no dejó de llamar mi atención, pues era señal de que no estaban todos recogidos á hora tan avanzada. Apenas hube llamado, se asomó al balcón una mujer preguntando:

— ¿Quién es?
— Soy yo, Rafaela.
— ¡Ah! ¿Pepe? ¿el señorito?
— El mismo: ¿está levantada tu ama?
— Sí, señor; pero baje Vd. la voz.
— ¿Porqué?
— Por nada.
— Pues abre pronto.
— Allá voy.

La criada que tan á tiempo abrió el balcón apenas lamé, tardó bastante en abrirme la puerta.
— ¿Cómo has tardado tanto en bajar? le pregunté entrando en el zaguan que estaba oscuro.
— Es que para vestirme, y... luego la luz se apagó, y...

— ¿Qué diablos tienes? torné á preguntar notando su turbación y el temblor de su mano que yo tenía asida para guiarme por ella.

— ¿Qué tengo? Nada: es que como me he despertado de pronto, y con la prisa... y luego venir Vd. á estas horas... sin avisar...

— Aquí sucede algo extraordinario, pensé yo.
En esto llegamos á la puerta de la sala, é indicándome me dijo:

— Ahí está la señora.
Estaba mi hermosa viuda sentada en una silla, turbado el semblante que procuraba ocultar con sus manos fingiendo arreglarse el cabello.

— ¡Pepe! exclamó levantándose y acercándose con una sonrisa forzada en los labios. ¿Tú aquí sin avisar me tu llegada y á hora tan intempestiva?

— He querido sorprenderte, María: ¿no me lo agradece?

— ¡Oh! mucho que sí; pero ¿te ha visto entrar alguien?

— A estas horas todos duermen en el pueblo.
— ¿Tú tu tío?

— Lo he dejado roncando. Vamos, ¿no me abrazas?
— Con toda mi alma, Pepe; con toda mi alma.

Y al abrazarme se hizo de pronto atrás; me puso las manos en los hombros, y clavando en mis ojos una profunda mirada, exclamó palideciendo:

— ¡Pepe! veo sangre en tus ojos.
— ¿Estás loca, María?

— ¡Oh! no: en esta visita tuya hay algo siniestro; algo que adivino pero que no comprendo. ¡Pepe! no me juzgues de ligero.

— Repito, María, que estás loca de veras; dije sin poder disimular cierta emoción penosa, fruto de las imprudentes palabras que acababa de oír, y recordando la turbación de la criada al abrirme la puerta. ¿De qué ó sobre qué quieres que forme juicios?...
— Tú me engañas, Pepe, prosiguió la viuda. Veo posada en tu frente la nube de la sospecha: veo en tu mirada no sé qué de sombrío... ¡Oh! exclamó de pronto señalando con el dedo mi pecho y palideciendo mas y mas.

Por la entreabierta solapa de mi levita militar asomaba la culata de una de mis pistolas.

— ¿Esto te asusta? pregunté sacándolas y disponiéndome á dejarlas en una mesa colocada á espaldas de la aterrada viuda.

Pero cuando me vió dirigirme hácia ella con las pistolas en la mano, se puso de rodillas exclamando:

— Mátame si quieres; pero soy inocente.

— Acabemos, María, dije en tono brusco. ¿Qué significa toda esa comedia? He venido á verte, á pasar una hora en tu compañía.

— ¿Con que á verme? ¿nada mas que á verme? preguntó levantándose lentamente, pero fijos siempre sus asustados ojos en los míos.

— Así es la verdad. ¿Tiene eso algo de extraño? Deja que me quite la levita: hace calor aquí.

Me quitó la levita, é iba á entrar en la alcoba, donde para evitar sorpresas acostumbraba dejar mi ropa mientras visitaba á mi amante, cuando mucho mas pálida que antes y colocándose rápidamente delante de la puerta vidriera, me dijo con voz sorda pero enérgica:

— No entrarás ahí.

— ¿Porqué no? exclamé colérico y dispuesto á separar á María para entrar en la alcoba.

— Porque yo te lo prohibo: porque para entrar ahí has de pasar por encima de mi cadáver.

— Ja, ja, ja: ahora lo comprendo todo, dije riéndome con forzada risa, pues aunque yo no amaba á María hasta el extremo de tener celos, sin embargo mi amor propio se sentía herido. ¿Tienes por ventura oculto en la alcoba al amante que me sustituye en ausencias y enfermedades? Aparta, mujer, proseguí en tono zumbón: quiero ver qué cara tiene ese señor, y asegurarme de si has tenido buen gusto...

En mi rostro hubo de pintarse tan á lo vivo el desprecio mezclado con la ira, que la pobre viuda, perdiendo toda su energía, bajó la cabeza murmurando:

— Mátame, Pepe; pero no me desprecies, porque no lo merezco.

Aquellas palabras hirieron profundamente mi corazón: estaba María tan hermosa con su rostro pálido, sus escasos vestidos en desorden, su actitud humilde y resignada... luego, el acento de la verdad es tan distinto del de la mentira, que mi cólera se disipó repentinamente; mis fortificantes sospechas se desvanecieron, y tomándola de la mano, la dije con dulzura:

— Te creo, María; te creo.

Un rayo de inmensa alegría brotó de sus negros ojos al oír aquellas palabras, y echándose los brazos al cuello, murmuró á mi oído besando mi mejilla:

— Gracias, Pepe; gracias.

— ¿Pero me dirás al menos?...
— Todo, todo, sin ocultarte nada; respondió conduciéndome á una silla y sentándose en mis rodillas.

— Te escucho; la dije excitada mi curiosidad en alto grado.

— Ante todo exijo de tí una cosa.

— ¿Cuál?

— El respeto á mi casa y las leyes de la hospitalidad.

— Ya sabes que esa es una ley sagrada para nosotros.

María acercó mi frente á sus labios y la besó.

— Dime, Pepe, prosiguió: si en las altas horas de la noche llegase á las puertas de tu casa un enemigo tuyo rendido de hambre y de cansancio, y te dijese: «Ca-

ballero, soy vuestro enemigo; pero estoy perseguido como un lobo; me muero de hambre, y si no me ampara Vd., ó me matan los que me persiguen, ó me muero de hambre en el umbral de esta puerta.» ¿Qué harías en ese caso?

— Partir con él mi mesa y mi lecho, ocultándole de sus perseguidores; contesté sin vacilar.

Levantóse María, y tomándome la mano me condujo á la alcoba cuya puerta vidriera abrió de par en par diciéndome:

— Mira.

Un hombre pálido tendido en el lecho dormía profundamente: al verlo dí un paso atrás involuntariamente: tenía á mi vista á mi amigo Antonio, á quien tenía orden de prender ó matar.

— ¡Tu palabra! Pepe; exclamó en voz baja la viuda colocándose delante del lecho al ver mi movimiento de asombro mal interpretado por ella.

— Mi palabra como la vida de ese hombre son sagradas.

Cerró María la puerta de la alcoba sin hacer ruido alguno y volvimos á sentarnos.

— ¿Sabes, la dije, quién es ese hombre?

— Sé que es un enemigo de nuestra causa; pero sé también que es un amigo tuyo de la infancia. Sé que es un desgraciado que dos horas antes de llegar tú me pidió asilo y pan, y ambas cosas le he proporcionado con sana voluntad.

— ¿Sabes que ese hombre había concebido é intentado cometer una acción que á nuestros ojos es un crimen? ¿Sabes que hay una orden para presentarlo vivo ó muerto en el cuartel general, y que soy yo uno de los encargados de cumplir esta orden?

— Es desgraciado, y ni sé ni quiero saber mas.

— Eres buena, María, eres noble; eres una digna hija de esta pobre tierra contra la cual todos se conjuran; hasta algunos de sus hijos, dije señalando á la alcoba.

— ¡Pepe!

— Nada temas: mi determinación respecto á ese hombre estaba tomada aun antes de venir aquí. Sí, como ha sucedido alguna vez, lo hubiese visto al frente de las tropas enemigas, me hubiera batido con él, arrojando las tristes consecuencias de un combate: pero está solo, desarmado, enfermo quizá, y no seré yo por cierto quien le haga daño: al contrario.

La mano de la viuda estrechó fuertemente la mía.

— Pero ese hombre, añadí, corre grandes riesgos si permanece en este sitio. Una indiscreción de Rafaela, cualquier incidente podría descubrirlo; y en este caso tú y él érais perdidos sin remedio. Es preciso que salga de aquí al momento.

— Apenas puede andar, Pepe, dijo María casi llorando. Sus piernas están hinchadas; llagados sus pies; y el insomnio y el hambre han aniquilado sus fuerzas: sería una crueldad el moverlo de la cama.

— Lo llevaremos en hombros si es preciso: la vida es una cosa que bien vale la pena que por conservarla se haga un sacrificio.

Y me dirigí á una ventana que daba al huerto. Abríla cautelosamente y dí un silbido.

Francisco que se daba á los diablos con mi tardanza, contestó con otro.

— ¿Qué es eso? preguntó María acercándose apresuradamente.

— Llamo á mi primo.

— Muy preparado venias, me dijo la viuda sonriéndose.

— ¡Francisco! grité sin hacer caso de la observación de María, es necesario que dentro de un cuarto de hora traigas á la puerta mi caballo sin que lo sienta la tierra.

— Allá voy, contestó saltando la tapia.

— Ahora, dije á la viuda; vamos á despertar á ese hombre, y que se prepare á venir con nosotros.

— ¿A dónde?

— A mi caserío de Ucué. Ya conoces su situación entre los bosques mas frágiles de estas cercanías; los que habitan el caserío harán cuanto se les ordene, y allí puede permanecer oculto, hasta que restablecido del todo pueda ponerse en camino.

El dormido abrió los ojos despues de muchos esfuerzos para despertarse; y su espanto fué indecible al ver un hombre armado junto á su lecho.

— ¡Ah! exclamó dirigiendo á la viuda una mirada indescriptible de amarga reconvención.

— No tenga Vd. cuidado, le dijo María apresuradamente; es preciso levantarse y seguirnos á sitio mas seguro.

Antonio fijó en mí sus espantados ojos, y al conocerme, alargó la mano que yo tomé, y exclamó con un acento de inmenso regocijo:

— ¡Pepe! ¡amigo mío! me he salvado.

— Sí; pero date prisa: y me dispuse á ayudarle á vestirse.

Su estado era verdaderamente lastimoso: á fuerza de mucho trabajo logré ponerle los pantalones y el capote militar: sus pies envueltos en lienzos empapados en agua y aceite estaban tan hinchados, que hubiera sido locura el calzárselos, ni aun pretender que pudiera tenerse en pie.

Francisco esperaba en la puerta con el caballo: hícele subir, y entre los dos bajamos á mi amigo y lo colocamos sentado en la silla.

— Yo voy con vosotros, dijo de pronto la viuda que salió á la calle cubiertos los hombros con un ligero pañuelo.

— ¿Tú? le pregunté admirado.

— Yo no le abandono hasta verlo en Ucué, á salvo de toda pesquisa.

— ¿Sospechas de mí? la dije al oído.

— No, Pepe: quiero tener una parte en esta buena acción.

Tres horas duró aquella marcha penosísima por senderos escabrosos en una noche sumamente oscura.

A las tres de la mañana llegamos al caserío: sus habitantes nos recibieron cariñosamente, y despues de asegurarnos que nada faltaria al que colocáramos bajo la salvaguardia de la lealtad de aquellos honrados montañeses, volvimos á Goizueta montando María á la grupa de mi caballo.

Francisco votaba como un carretero á cada tropezon; María me abrazaba riéndose como una loca de los dicharachos de mi primo, y yo me devanaba los sesos buscando un medio de enganar á mi general.

Un cuarto de legua antes de llegar al pueblo, nos vimos asaltados por media docena de sabuesos que daban brincos de gozo delante del caballo; y á poco apareció mi tío cura, que al vernos exclamó con acento gravemente cómico, y apuntando con la escopeta.

— Detente, malandrin, raptor de las princesas goizuetanas, ó serás conmigo en singular batalla.

— ¡Don Fermin! gritó la viuda tapando su rostro con mis espaldas: retire Vd. la escopeta: el diablo las carga, y...

— No sois malos diablos los tres: ¿de dónde venis tan temprano cuando yo os creia en la cama?

— Venimos de pescar, mi querido don Fermin; contestó alegremente María.

— Pepe, me dijo el tío, ten cuidado con esa loca: es muy diestra en la pesca de caña y pudieras caer tonamente.

— Ya es tarde la advertencia, contestó María. Hoy espero á comer en mi casa al tío y á los sobrinos.

Mi tío siguió cazando, y estuvo de bellissimo humor durante el convite de la hermosa viuda.

III.

Seis dias despues de estos sucesos, mi primo y yo, sentados en la cima del monte Adarra y bajo la copa inmensa de una haya, dábamos remate á unas lonjas de jamon, y principio á una conferencia con el fin de escogitar el mejor medio de dar cuenta del resultado de mi mision al general que me la habia encomendado. Despues de una larga y acalorada discusion (fórmula parlamentaria) me dijo mi primo:

— Vaya al diablo el embrollo: lo mejor será que digas la verdad al general: te quiere y sabrá apreciar nuestra buena acción: en todo caso él se tiene la culpa. ¿No le dijiste que Antonio era amigo tuyo? Mira, Pepe, si se acalora y lo toma por lo serio, pregúntale sencillamente lo que él hubiera hecho en tu lugar, y de seguro que con esa pregunta le tapas la boca.

Se procedió á votar la proposicion de mi primo, y ¡cosa rara! quedó aprobada por unanimidad.

El general me echó una fuerte y severa reprension cuando le conté lisa y llanamente cuanto habia sucedido; pero luego que se despojó de su carácter oficial para convertirse en amigo, no pudo menos de aprobar mi conducta, así como tambien mi tenacidad en no querer descubrir el sitio donde permanecia oculto el que yo debí prender.

Ocho dias despues recibia yo una esquila de María noticiándome que el enfermo, restablecido del todo se habia marchado á tomar baños á Biaritz.

Esto era darme á entender que se encontraba en Francia, y por consiguiente en salvo.

Aun tenia en la mano la esquila en que se me participaba aquella noticia, cuando fui llamado de nuevo por el general. Encontré paseándose sumamente agitado en su habitacion: apenas entré, cerró la puerta y acercándoseme y dándome una carta, me dijo secamente:

— Ahí tienes el premio de tu buena acción.

Leí la carta, y ví lleno de asombro é indignacion que contenia lo siguiente:

« Bayona, agosto... de 183...

» General: ayer tardé comia en la posada de... con varios españoles entre los cuales se encontraba el oficial de chapelgorris don Antonio.... Este oficial contó una aventura que debo poner en conocimiento de Vd. por lo que pueda interesarle. Dijo que habia salido de San Sebastian con ánimo de acometer una empresa atrevida, sin decir cuál, y que habiéndose frustrado, se vió separado de los suyos, acosado por todas partes y próximo á caer en manos de sus enemigos, quienes lo hubiesen fusilado inmediatamente. Despues de muchos pormenores que no es del caso referir, dijo que habia encontrado un asilo en casa de doña María Y... viuda establecida en Goizueta: que esta viuda, jóven y hermosa, lo acogió con tanto cariño, que partió con él su mesa y su lecho: que estando acostados juntos, entró un capitán de uno de los batallones guipuzcoanos, antiguo amigo suyo, el cual á pesar de tener orden de prenderlo, vencido sin duda por los ruegos y halagos de la viuda, habia consentido en dejarlo escapar... etc., etc. »

Estupelactado quedé al ver semejante infamia: entregué al general la carta, y me limité á pedirle quince dias de licencia.

— Miróme el general, y despues de un rato de silencio me dijo:

— Te concedo los quince dias y aun mas, porque es-

toy seguro que los emplearás bien. Una sola cosa te recomiendo, y es que te cuides y obres con cautela.

— Pierda Vd. cuidado, mi general; le contesté.

El general me apretó la mano, y aquella misma noche á las diez llamaba yo de nuevo en la puerta de la casa de María.

Sorprendida quedó al verme; pero á la sorpresa sucedió la indignacion cuando supo la infamia de nuestro protegido.

— Pepe, me dijo pálida como la cera; necesitamos la vida de ese hombre.

— Y la tendremos, contesté. Ahora mismo parto en su busca. Que nadie sepa mi venida, ni aun mi tío.

— Nadie lo sabrá; te lo juro, Pepe.

Al amanecer, Francisco y yo con traje de paisano, nos despedimos de María que murmuró á mi oído con voz sombría:

— La vida de ese hombre: mávalo como á un perro rabioso; mávalo á traicion si es preciso.

Y luego, acercándose á Francisco, añadió:

— Defiende á tu primo si no quieres que me muera.

Francisco, por toda respuesta, se atusó el bigote y sacó de la faja un ancho puñal.

Cuando cerca del anochecer íbamos á pisar el territorio francés, mi primo se detuvo, y haciéndome sentar á su lado, me dijo con la mayor sangre fría:

— Opino una cosa, Pepe; creo que seria mucho mas conveniente que te quedases tú en España; yo iré á Bayona, buscaré á ese hombre, y te juro traer su corazon villano, para enseñárselo á María y al general: si te parece mejor, me comprometo á agarrarlo por el pescuezo y presentarlo vivo en nuestra línea á pesar de toda la gendarmería francesa: este seria un gran golpe. ¿Qué te parece?

— ¿Es eso todo lo que se le ha ocurrido á tu redonda mollera? En marcha, Francisco, y no perdamos un tiempo precioso. La vida de ese hombre me pertenece á mi solo, y yo solo se la quitaré.

— No se hable mas del asunto, respondió levantándose y poniendo el pié en el territorio francés.

El dia siguiente encontré á Antonio en Bayona. Admiré al verme y me preguntó la causa de mi venida á Francia. Contesté que habiendo llegado á saber el general con todos sus detalles cómo habia yo ejecutado sus órdenes, me habia visto precisado á abandonar mis banderas, temeroso de que se me castigase con todo el rigor de la ordenanza militar.

— ¿Y quién diablos ha podido contarle eso? me preguntó.

— Qué se yo; á menos que tú hayas cometido alguna imprudencia...

— ¿Yo? exclamó con fingido asombro. En todo caso, me alegro de tu venida, porque supongo que tomarás parte con nosotros, y casi estoy seguro de que te se dará el mando de una compañía.

— Aunque he abandonado mi bandera, no he pensado en hacerla traicion: contesté mirándolo fijamente. Creo que el mayor crimen que puede cometerse es, el guerrear contra su propio país, contra sus padres, sus hermanos, sus amigos: no hablemos de esto, si quieres que haya paz entre nosotros.

Antonio bajó la cabeza y nada contestó.

— Me he sacrificado en aras de la amistad, proseguí; esto debe bastarte.

Por ahora pienso ir á Beovia á recoger la ropa y el dinero que mi tío me enviará; despues regresaré á Bayona, y luego... Dios dirá.

— ¿Cuándo vas á Beovia?

— Esta noche tal vez.

— Lo celebro porque así caminaremos juntos.

— Es que yo pienso ir á pié.

— Y yo tambien.

Mi primo se sonrió de una manera extraña, y yo sentí latir con fuerza mi corazon.

— La noche estará hermosa, y haremos una caminata agradable hablando de nuestros asuntos. Mañana iré á San Sebastian á incorporarme con mi batallon, y tú, Pepe, obrarás segun tu conciencia. Y tu primo, ¿piensa seguir tu suerte?

— Ya lo creo, contestó Francisco; yo no le abandonaré jamás.

En consecuencia de este acuerdo, Antonio, Francisco y yo saliamos por la puerta de España cuando daban las siete en el reló de la torre de la catedral. Al perder de vista las últimas casas del pueblo de Anglet, cerró la noche, oscura sí, pero como noche de verano, templada y á propósito para viajar á pié.

A las nueve nos detuvimos en Bidart á beber un vaso de vino; á las diez y media atravesábamos el pueblecillo de Guetary, y á las once en punto descansábamos sentados en el pretil del puente que atraviesa el riachuelo que á dos tiros de bala del pueblo citado, desemboca en el mar á cien pasos de allí.

— ¿Eres poeta? pregunté de pronto á Antonio.

Mi antiguo amigo me miró sorprendido, y Francisco se desvió negligentemente la faja, pues segun el plan convenido, comprendió que era llegado el momento de obrar.

— ¿A qué viene esa pregunta? dijo Antonio.

— Nadá tiene de particular. Recuerdo que en nuestra niñez nos aquejaba á los dos la idea de viajar por países lejanos y desconocidos: soñábamos con bosques frondosos y solitarios, con costas desiertas, llenas de rocas en las cuales reventase el mar con horrible estruendo... ¿te acuerdas?

— Lo recuerdo perfectamente.

— Pues esas ideas no ocurren generalmente mas que á los muchachos que andando los años leen versos y

novelas, y concluyen por escribirlos mal ó bien. Por mi parte te diré que al ver este camino tan solitario, esta noche tan silenciosa, ese mar que se agita allá abajo, se han despertado en mí ideas románticas en extremo. Así es que en vez de caminar prosáicamente por esta carretera, me han entrado deseos de acercarme, al mar, y seguir la marcha por entre las rocas de la costa.

— ¡Vaya una locura! ¿quieres romperte la cabeza en esos peñascos? dijo riéndose. Si fuera de dia, tal vez te acompañaria en ese extraño viaje; pero de noche...

— Ya sabes lo testarudo que soy, amigo mio; por entre las rocas he de ir.

— Vete si quieres; lo que es tu primo y yo...

— Me acompañaréis; interrumpí resueltamente.

— Tu primo está loco, dijo dirigiéndose á Francisco.

— Podrá ser, contestó este; pero es el caso que cuando se le mete una cosa en la cabeza...

— Es decir que me dejais solo...

— No tal; tú vendrás con nosotros.

— De ningun modo, dijo levantándose y con acento que revelaba algun temor.

Hice una seña á Francisco, quien rápido como el pensamiento, sujetó á Antonio por la cintura, le lió los brazos con la faja, le hundió la boina tapándole con ella la cara, y cargó con él al hombro.

En seguida nos dirigimos al mar, y tomando á la izquierda, nos encontramos en medio de las enormes rocas á cuyo pié se estrellaban estrepitosamente las olas de aquel Océano siempre agitado.

— ¿Qué hago con esto? me preguntó mi primo con la mayor flemma y levantando en alto á mi antiguo amigo, como si quisiera lanzarlo al agua.

— ¿Puede vernos ú oirnos alguien, Francisco?

— Solo las lechuzas, y esas no se acercan á las costas; en cuanto á oirnos, aunque se disparase un cañon de treinta y seis.

— Siendo así, dije sacando mis pistolas y amartillándolas, suelta á ese hombre.

Francisco, con su gravedad característica en todos los lances serios, deslió los brazos, y quitó la boina á mi amigo, en seguida se cruzó de brazos.

Los ojos de Antonio se fijaron espantados en mi rostro, y al ver las pistolas, preguntó sordamente:

— ¿Vas á asesinarme, Pepe?

— Eso merecia Vd., señor mio; pero como semejante pensamiento solo puede cruzar por la mente de hombres tan infames como Vd., no me ha ocurrido tal cosa. Escuche Vd. A costa de mi vida he salvado la de Vd.; una señora, entienda Vd. bien, una señora le acogió á Vd. en su casa á riesgo de su vida y de su reputacion; esa señora y yo le hemos puesto á Vd. en salvo; y Vd., en agradecimiento sin duda, ha deshonrado públicamente á la señora, y ha vendido al amigo. ¿Es esto cierto?

Antonio no contestó; Francisco murmuró:

— ¡Cuánta palabrería!

— ¡Silencio, Francisco! exclamé con severidad.

Hubo un momento de silencio.

— Comprenderá Vd., señor mio, proseguí, que al que obra de esa manera tan inícuo, no debe guardársele consideracion alguna; comprenderá Vd. así mismo, que un hombre como Vd. es indigno de llevar ese uniforme aun cuando sea el uniforme de mis enemigos y de los enemigos de mi país; porque yo he pensado siempre que todo uniforme militar es honroso, y que solo aparece manchado, deshonrado y repugnante, cuando cubre los hombros de un desertor y de un villano como Vd.: así es, que nada tendria de extraño, ni nadie reprobaria que yo lo matase á Vd. como á un perro rabioso, y lo arrojasé al mar para pasto de peces.

— ¿Es decir, que se trata de un duelo? preguntó pálido y con voz temblona.

— A muerte, señor mio.

— Nada tengo que decir, contestó; acepto todas las condiciones.

— ¡No faltaba mas! repuso Francisco colérico.

— ¡Silencio, Francisco! exclamé; ¿de cuándo acá interrumpe un soldado á su jefe?

Mi primo se mordió los labios, se cuadró, y llevó la mano derecha á su boina.

— Coja Vd. dos palitos, Francisco, le dije.

— Los tengo, mi capitán, contestó cortando la rama del único arbusto que por allí crecia.

— Que sea el uno mas largo que el otro.

— Aquí están, mi capitán.

— El que saque el mas largo, disparará al otro á boca de jarro.

— Esa es una atrocidad, exclamó Antonio; en nombre de nuestra amistad...

— O acepta Vd., ó lo mato.

— Sea, dijo al ver que le apuntaba con una de mis pistolas.

Entonces tomé los dos palitos, y entregué á Francisco las pistolas diciéndole:

— Al que escoja el palo mas largo, le darás una de esas pistolas.

— ¿Y si le toca á él? exclamó lleno de angustia.

— Me matará, y despues lo matarás tú. Ya sabes á quien hemos ofrecido su vida. Saque Vd. el palo, señor mio, añadi dirigiéndome á mi adversario.

Antonio, pálido como la muerte, alargó la mano temblando: mi corazon latia con tal fuerza, que parecia querer salirse del pecho; Francisco daba diente con diente. El momento era solemne.

Mi adversario escogió despues de titubear largo rato.

Francisco arrojó un grito de salvaje alegría, y Antonio cayó de rodillas.

Habia escogido el palo mas corto.

— Mata á ese hombre, Francisco, dije á mi primo, que acercó la pistola á la frente de mi adversario.

Este dió un salto al notar aquel movimiento.

Gruesas gotas de sudor frío inundaban mi frente.

— ¿Lo mato, Pepe? dijo mi primo con voz fuerte y sujetando á Antonio por el brazo.

— Mátao, contesté con angustiado acento y volviendo la vista.

Entonces oí que mi primo decía al oído de Antonio:

— ¿Hubiera Vd. muerto á Pepe si le hubiese tocado el palo más corto?

— Sí, contestó maquinalmente el desgraciado.

— Pues anda á los infiernos, gritó Francisco disparando.

Antonio cayó pesadamente en las rocas: tenía despedazado el cráneo.

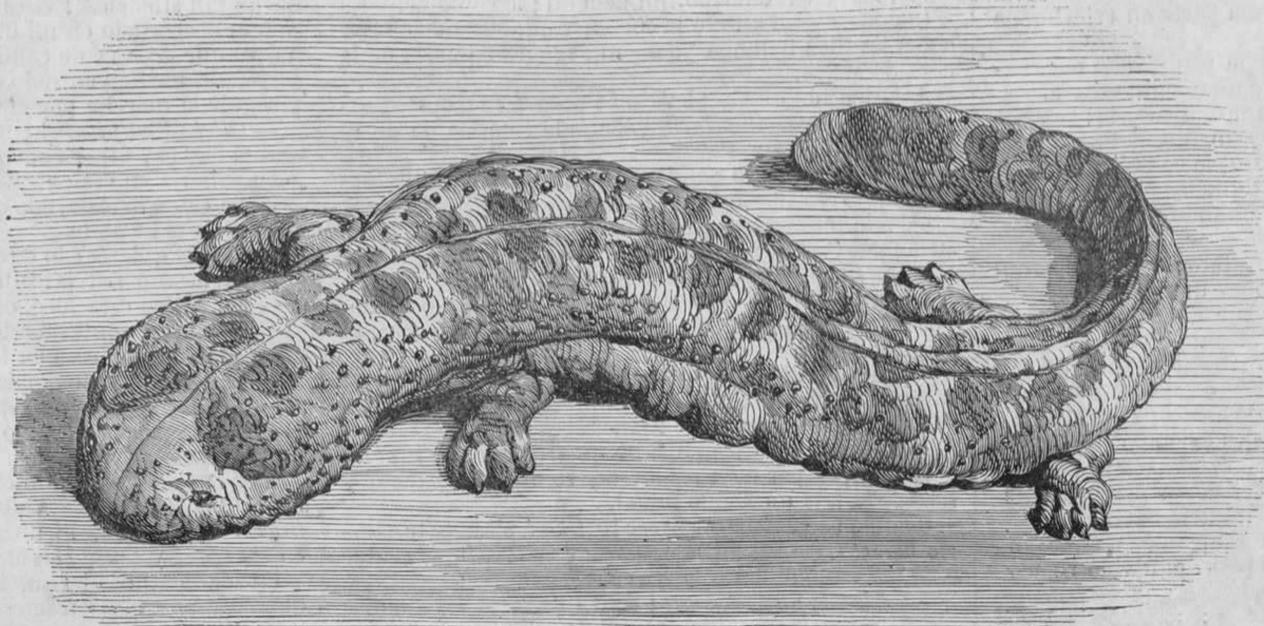
— ¿Qué hacemos ahora? me preguntó mi primo enjugándose el copioso sudor que brotaba de su frente, y señalando al cadáver.

— Arrójalo al mar.

Hízolo así, y al ruido que produjo en el agua al caer, se siguió el sordo rumor de un trueno lejano, y los chillidos de las gaviotas que se lanzaban al mar tras de su presa.

Desde entonces acá he pasado muchas veces por la carretera que va de Beovia á Bayona; y al llegar al puente desde el cual se divisan las rocas donde sucedió la catástrofe que he narrado, se me erizan los cabellos, y ruego á Dios por el alma de Antonio.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.



LA SALAMANDRA DEL JAPON ENVIADA AL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARIS.

NOTA. — Por consideraciones que no se ocultarán al lector, se han cambiado algunos nombres propios y el lugar de algunas escenas.

La Salamandra del Japon.

Se acaba de recibir en el Museo de historia natural de Paris, seccion de los reptiles, un regalo sumamente precioso. M. de Codrika, cónsul general de Francia en las Indias neerlandesas, ha enviado al Museo, y á título de donativo de M. Pompe Van Meederwoot, oficial del cuerpo de la marina real de los Países Bajos, médico del gobierno neerlandés en el Japon, una hermosa muestra de la gigantesca salamandra japonesa, *Salamandra maritima*.

Llegada de Batavia á Paris en el espacio de dos meses, gracias á la rapidez actual de los medios de comunicacion, la salamandra que se ve en nuestro dibujo, aunque ha sufrido un poco durante el viaje, se halla hoy en buenas condiciones, y los naturalistas se prometen someterla como en Holanda á observaciones seguidas y atentas, así como esperan ver su desarrollo. Tiene en el día 79 centímetros de largo, y es sabido que debe pasar de un metro.

Nuestro dibujo representa de un modo muy exacto este reptil singular, cuyo esqueleto ofrece mucha analogía con los restos de la grande salamandra fósil de Oeningen, tan admirablemente determinada por Cuvier, y que tanto ocupó al mundo inteligente bajo esta denominacion: *Homo diluvii testis*, que Scheuchzer la habia dado. A. D.



TEATRO-LIRICO. — EL ORFEO DE GLUCK, Madama Paulina Viardot, 2º acto. (Véase la Revista de Paris.)